Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI — San José, Costa Rica — 1930 — Sábado 29 de Noviembre — Núm. 21

Año XII. No. 517

SUMARIO

La vida maravillosa de Lafcadio Hearn

= De *Ideas y Figuras*. VIII. 1911. Buenos Aires =

Quien también encontró en el camino de sus peregrinaciones, la Koizumi ideal de los ensueños juveniles, sólo a ella puede ofrecer estas páginas, como el mejor de los homenajes a la memoria del soñador desaparecido. A ella, pues, van dedicadas.—J. M. y P.

La vida de Lafcadio Hearn, griego de nacimiento, inglés de origen, yanqui por temperamento, japonés de corazón, es una historia de ensueños y de maravillas. Relatar esa historia, describir las aventuras espirituales de ese hombre que pasó por la tierra como una sombra, será rendir un homenaje a todos los que como él—poetas, aventureros y locos—soñaron la imposibilidad de un alto ideal. Por esto...

Por esto, en medio de la vida trivial de lo absurdo cotidiano, hay que detener el paso ante ese nombre, saludar la dulce figura del soñador, pensando que sus sueños embellecen y alegran la existencia. Esos hombres que han vivido obscurecidos, que mueren olvidados, que el acaso hace descubrir, al cabo de los años, como en el azar que puso el mármol helénico bajo el arado del campesino, merecen todo nuestro respeto, todo nuestro entusiasmo, todo nuestro amor. Ellos son jalones en la marcha infinita del ensueño. Son las piedras dejadas por los peregrinos de las largas etapas; son los signos imperecederos que señalan la supervivencia del ideal al través del desierto humano, poblado de fieras con rostro de hombres.

Lafcadio Hearn, es entre todos los caballeros de la jornada interminable, el más alto, el más digno, el más noble. Nació del amor en tierras de leyenda; vivió como un espúreo de la suerte en naciones donde el hambre y la degradación abrían sus negras fauces, pasando triunfador,—triunfador como Daniel en la cueva de los leones—porque le cubría la coraza impenetrable del ideal. Soñó; soñó mucho y murió en tierras donde el imperialismo triunfa a la sombra del almendro en flor, tierras de leyenda, donde no hay negruras de cruz que turben el último reposo, donde la muerte es un sueño, una esperanza y una ilusión.

Historia de una vida de maravillas: voluntad, fé, amor... Oíd, los tristes de la vida cotidiana:

1.—Lafcadio Hearn nació en la antigua Leucade, la famosa isla donde Safo, la poetisa de los inmortales cantos eróticos, hizo oir por vez postrera los acordes de su lira. El mismo tumultuoso mar que al batir las peñas en su eterno empuje apagó la voz de la sacerdotisa, sepultándola en su seno, arrulló el nacimiento del aventurero. Algo del alma indómita de aquella mujer, algo del espíritu inquieto de la vieja Grecia pasó al través de las edades para renacer en el alma del que había de ir errante por el mundo, detrás de una quimera sólo realizable en la muerte...



Lafcadio Hearn

Dibujo de *Rojas*

Un oficial irlandés, de guarnición en los destacamentos que en las islas Jónicas mantenía Inglaterra y una joven griega, repitieron bajo el cielo esplendente de la Hélade inmortal las eternas frases de la eterna comedia. La joven griega, como una fascinada de la tradición y del ensueño, abandonó su hogar, abandonó sus creencias, para unirse al extranjero que había hecho vibrar en su corazón extraños sentimientos desconocidos.

Y aquella unión desigual, que el amor santificaba, floreció en belleza y en bondad. Los primeros años de Lafcadio Hearn transcurrieron en las orillas del mar siempre azul, bajo la gloria esplendorosa de un cielo sereno, en la paz de un hogar que el ensueño elevaba, como un paraíso.

De la mente del hombre no se apartaron nunca aquellos días floridos de la infancia. Y hasta cuando vagaba errante y miserable, cuando iba por Europa y por América, famélico, desnudo, la visión de la tierra natal era, más que un consuelo, una esperanza esplendorosa... Tierras solares, tierras de dulzura y de amor; tierras donde el olivo y la viña eran promesa de paz y de bienestar; tierras de belleza y de luz; ellas fueron las protectoras del miserable aventurero en sus noches desoladas de Londres.

Años más tarde, muchos años más tarde, recordando la niñez, perdida a la distancia como un vago ensueño, decía:

«Tengo el recuerdo de un lugar y una época maravillosos, donde el sol y la luna eran más grandes, más brillantes... ¿Fué en esta vida o en otra anterior? No sabría decirlo; pero sí recuerdo que el cielo era mucho más azul y más cercano a la tierra—como parece estarlo sobre los mástiles de un velero que navega bajo el cielo ecuatorial. El mar vivía, el mar hablaba, y el viento murmuraba tales cosas a mi oído que me hacia llorar de alegría. Una o dos veces, más tarde en los días dulces vividos en las altas cumbres, he soñado por momentos que el mismo viento soplaba—pero no era más que el recuerdo...»

La visión de la infancia le persigue y a lo largo de toda su obra, cuando se abre un claro de luz en el tupido bosque de la vulgaridad cotidiana, aparece siempre el reflejo de los ensueños primitivos: la imagen dulce de la Grecia, el encanto suave de la joven madre que acompañaba sus delirios, mitigando en esas correrías ideales quién sabe qué torturas de su corazón.

La imagen materna es otro de los dulces amores de su niñez. Y dice en otro de sus libros: «*Ella* me relataba historias que me hacían temblar de placer. Cuando éste era excesivo can-

tábame alguna canción mágica que siempre traía el sueño. Llegó el día de la separación; *ella* lloró y me habló de un encantamiento que me había dado y que yo no debía perder nunca, nunca, porque me conservaría siempre joven y me permitiría volver. Pero, yo no volví jamás».

¿Cómo había de volver a los dulces lugares de la apacible infancia, si muy pronto el torbellino de la vida había de arrebatarle llevándole consigo, arrancándole, hasta llevarle por el mundo entero, como hoja seca o pluma caída?

El oficial Hearn regresó a Inglaterra con su familia, y, fruto de victoria, flor de conquista, llevó a la joven griega, con el pequeño Lafcadio. Mas, bajo el cielo tenebroso y triste de Dublin no eran posibles los encantos a que los úsares de Grecia formaban esplendoroso marco. Pasó el amor, llegó la discordia, nieblas de dolor entoldaron el sol de una dicha tan dulce cuanto pasajera, y la sirena encantadora del mar jónico huyó un día, volvió a la patria lejana, donde tal vez el recuerdo de otro amor abandonado la atraía y fascinaba. Y allá en las tierras de Irlanda, verdes según la leyenda, negras y frías a sus ojos de huérfano y de desterrado, quedó el pequeño Lafcadio, que ya nunca más había de volver a las playas donde siglos antes se oían los cantos de Safo, la suicida por amor.

La vida se ofrecía triste al niño, fruto de un momento de locura. Su padre también había desaparecido; azares de la conquista perpetua de Inglaterra le llevaron a la India, donde volvió a casarse. Lafcadio ya no tornó a ver a sus padres; de él sólo quedó en su mente un recuerdo borroso; *ella* empero, vivió siempre en su pensamiento y hasta muchos años después en medio de sus mayores tristezas y desventuras, la invocación materna aparecía como una esperanza.

Fué una tía paterna la que se hizo cargo del niño. La vieja era devota, obligándole a prácticas religiosas que no pesaron por mucho tiempo sobre su espíritu, porque algo en él le llevaba a no dejarse dominar por nada ni por nadie.

De Dublin, pasó a Francia, donde permaneció dos años en un colegio de jesuitas; más tarde se le llevó a Ushaw (Durham) donde siguió los cursos de una escuela católica. Pero el rigor, la severidad de esos colegios exagerada por las órdenes de su tía y protectora, le disgustaron. Su temperamento andariego no se amoldaba a esa esclavitud moral. La herencia materna le llevaba a buscar lo imprevisto, lo extraño, lo no usual. Era un desorbitado en aquel medio pacífico de la vieja sociedad inglesa. Forzosamente tenía que chocar con la estupidez beata que le rodeaba.

Cuenta en una de sus cartas que cierto día, en el confesionario, hubo de relatar al sacerdote las tentaciones de que era objeto por parte del diablo. «Siempre—dijo—siempre se me presenta la tentación bajo la forma de mujeres muy hermosas y desnudas». Y agregó que no solo se sentía arrastrado a la tentación, sino que le hubiera agradado sucumbir en ella. Su confesión le valió una fuerte reprimenda, a la que respondió libertándose de la tutela familiar y de la dominación espiritual del catolicismo inglés, más severo y más duro que el nuestro.

¡Libre! Palabra maravillosa que encanta en la penumbra de las almas dominadas! Palabra que aterra en la soledad de la miseria! Libre al fin; pero, libre sólo para morir.

El día en que Lafcadio Hearn sacudió el yugo y se lanzó a vivir por cuenta propia tenía dieciseis años. ¡Vivir! ¿Cómo? Eso es lo que no sabía hacer. Vivir es lo más fácil cuando se tienen medios para ello; lo más difícil cuando se carece de todo.

Hearn a los dieciseis años de edad era un niño. No conocía la vida más que al través de las palabras de los demás; ignoraba en absoluto los engaños, las torpezas, las miserias del mundo. No sabía sino que en la vida hay llantos de niños abandonados y perseguidos y visiones lejanas de madres buenas...

Huyó de la casa de su única parienta lanzándose a la ventura, por campos y calles, siguiendo el blanco camino que conduce a Londres. Y en la gran capital, sombría y huraña como un rostro de hombre enriquecido a fuerza de explotar miserias ajenas, pasó un tiempo; se arrastró ejerciendo bajos menesteres, durmió en los asilos, comió en las casas de beneficencia, se codeó con la gente maleante,—ladrones, prostitutas, criminales...

Un sentimiento de indignación contra sí mismo, una gran vergüenza, un terrible asco, y, sobre todo, la visión infantil de otros paisajes, de otros ambientes de luz y de armonía, le levantaron un momento, arrastrándole fuera de la ciudad...

...Y otra vez por los campos; otra vez por los caminos interminables, detrás de lo imposible, detrás de lo que no se obtiene nunca; pero por lo menos, gozando de la infinita dulzura de sentirse en paz con la conciencia, de saberse purificado por el aire libre de los caminos.

Vagabundeó por Inglaterra y hay en una de sus notas autobiográficas esta hermosa descripción de su vida errante:

«Me quito la ropa, poca y pobre, hago un montón con mis trapos, para que me sirvan de almohada, y, desnudo completamente, me sumerjo en la paja del establo. ¡Oh, la delicia de este lecho—primero que se me depara después de tantas noches! ¡Oh, la felicidad de sentirse en reposo, en la dulce suavidad del heno!... Por encima de mi cabeza, por un agujero, veo las estrellas que brillan en el espacio, fijamente; la noche es fría. Los caballos, debajo, muévense pesadamente y golpean el suelo. Les siento resoplar, y el soplo sube hasta mí en vapor. El calor de sus grandes cuerpos llena el establo, penetra la paja, aviva mi sangre; su vida es mi hogar...»

Esta fué su primera noche de libertad. Independizado de la tiranía de una tutela absurda, cayó entre los tentáculos poderosos de Londres, expuesto al crimen y al dolor. Libertado de Londres, vióse en brazos de la miseria; pero la miseria purifica, la miseria es consoladora porque es buena y el niño se sintió hombre. Comulgó con la naturaleza y con las cosas. El calor de los caballos, la suavidad del establo, todo eso reconcilióle con el vivir, purificó su espíritu, tonificó su organismo y al salir el sol abandonó el establo, cantó en la gloria de la mañana una canción griega, oída en labios de *Ella*, y echó a andar por los caminos polvorientos de la vieja Inglaterra, de la alegre Inglaterra—*merry England!*

No sabe a donde le conduce el camino que sus pies siguen, ignora qué hay delante allá a lo lejos, en el misterio del horizonte. Pero, ya no le preocupa nada, tiene fe. Sabe que en la vida hay algo más que calles infectas, asilos de miserables y antros de vicio y corrupción. Sabe que hay alma en todo lo existente. Y sabe que por los intersticios del establo, en esa noche de dignificación, ha visto vibrar silenciosamente las estrellas en el aire helado de la noche...

Y sigue adelante, sin miedo a lo porvenir.

2.—Juan Jacobo Rousseau tiene en sus *confesiones* una página admirable, dedicada a las bellezas insospechadas de la alegre vida de los vagabundos. Gorki ha dicho en sus cuentos y en sus libros toda la grandeza de la vida errante, hoy aquí, mañana allá, siempre al acaso, librado al azar de la suerte que empuja, del destino que guía, como piedra que se desprende de la cumbre y saltando, deslizando, cayendo rueda sin cesar, quizás para detenerse en un recodo insospechado, quizás para ir a dar al fondo del abismo tenebroso... Oh, la vida extraña de esos seres que pasan, magníficamente vestidos de harapos, como envueltos en túnicas imperiales; altivos en su miseria, como seres superiores que marcharan de incógnito en la mascarada suprema de la vida... Yo admiro esos hombres que vagan por los caminos, que se arrastran por las anchas vias populosas de las ciudades —escarnio, bofetada, salivazo—imponiendo en el blasón de las falsas civilizaciones los lises de sus miserias!

Lafcadio Hearn vagó por los campos, atravesó las aldeas pacíficas, escandalizando con sus ropas raídas, atemorizando con su rostro escuálido y su mirar huraño, características del joven bandido que la precaución policial ha retratado millones de veces de perfil y de frente en las galerías del crimen y de la miseria. Fué de

pueblo en pueblo, de aldea en aldea, como siguiendo una ruta misteriosa. Algo en su espíritu hablaba, incitándole a ir más lejos, y talvez en sus noches de insomnio y en sus días de hambre, una voz misteriosa susurrara a su oído la palabra mágica, «la palabra que permite ser siempre joven y que enseña el camino del regreso...»

Pero en la juventud, aun cuando sea la juventud miserable de los vagabundos, hay una fuerza misteriosa que impide volver hacia atrás. El *regreso* se entiende como una cosa quimérica y se va adelante, siempre adelante.. Hearn caminaba volviendo la espalda a lo pasado: de Grecia a Francia, de Francia a Inglaterra, siguiendo la ruta del sol, siempre hacia Occidente...

Y desaparece, se pierde su rostro, nadie sabe de él y en su misma autobiografía hay una laguna incomprensible...

Tres años más tarde, en 1869, hambriento, desnudo, miserable, desembarca en Nueva York, siguiendo el camino del sol, cumpliendo sin claudicaciones el imperioso mandato del regreso.

Y se pierde en la metrópoli yanqui; se hunde en el rumor de océano de la formidable cosmópolis americana, donde aprende una nueva ley de vida, la del trabajo sin fatiga, a destajo en la bestialidad terrible a que obligan las civilizaciones nacientes.

Trabaja y desde lo más hondo de la vida cotidiana, el vagabundo gana su pan con sudor y fatiga. Un turco vendedor de baratijas le toma a su servicio; vende espejos por las calles de Nueva York y en el tumulto de la gran ciudad el adolescente aprende a vivir, en la terrible prueba de las necesidades insatisfechas. Fracasa, toma otro oficio. Fracasa de nuevo. Aprende el arte del tipógrafo y despierta en él el discípulo de los colegios, el niño educado, que conoce los clásicos y habla dos o tres idiomas. Siente la necesidad de la dignificación y la letra le redime. Se hace corrector. Lee, estudia, acude a las bibliotecas públicas, se instruye; y todo esto en medio de la agitación americana, de un lugar a otro, mudando de pueblo, cambiando de empleo.

En Cincinnati pasa a formar parte de la redacción de un diario, el *Cincinnati Enquirer*, donde se le entrega la crónica menuda de policía, los hechos vulgares, la menudencia del vivir.

Y es entonces cuando se produce el acontecimiento sensacional de su vida. Oigamos a uno de sus biógrafos, Raymond Recouly:

«En 1874 se cometió un crimen sensacional en Cincinnati. La noticia llegó a la redacción de *The Cincinnati Enquirer* a hora muy avanzada de la noche. Ya los principales redactores habían partido; no quedaba en la casa más que un pequeño y humilde reporter, encargado de la crónica mercantil. A falta de otro, hubo de encargarse de la noticia sensacional redactándola en forma tan noble que el director, asombrado, resolvió emplear en forma más conveniente para el periódico el talento de ese reporter desconocido que era Lafcadio Hearn.»

Este fué el punto de partida de su vivir futuro. Comenzó a confiar en sus propias fuerzas, y prosiguió trabajando, trabajando con esa obstinación febril de los que se saben llamados a los altos destinos. Ganaba poco; su vida continuaba siendo miserable dependiendo ahora del hecho sensacional que tenía el encargo de explotar. Pero tenía al menos un poco más de tiempo para sus trabajos particulares. Su ídolo era Teófilo Gautier, cuyas novelas, que traducía al inglés, le parecían la expresión más acabada del arte y de la belleza. Y durante cuatro, cinco o seis años, trabajó en la sombra, en el silencio, sin poder publicar una sola, por falta de editor.

Y a todo esto recorre el territorio vasto de los yanquis, va de un lado a otro, obstinándose en ser el viajero por excelencia como si encarnara aquel tipo de que hablaba Baudelaire en uno de sus Poemas en prosa: «Gustarás lo que amo y lo que me ama, el agua, las nubes, el silencio, la noche, el mar verde e inmenso; el lugar donde no estés»...

Se le encuentra años más tarde en Nueva Orleans, allá por 1884 o 1885, bajo un cielo más dulce, más sereno, en un clima más benigno, con algo de aquel cielo y de aquella dulzura de la Grecia de los días infantiles. En Nueva Orleans, Lafcadio Hearn, agobiado por años enteros de trabajo excesivo, revive... Nueva Orleans es una ciudad latina en suelo sajón; recuerdos franceses asaltan el espíritu y entre aquellos hombres un poco latinos, y aquellas mujeres más americanas, más criollas, su espíritu se fortalece.

Algunas de sus cartas hablan de la vida en Nueva Orleans, de su casa, de sus ensueños. Allí habla en francés, se comunica con los americanos de otros países del mar de las Antillas, y del Golfo de México. Habita una gran casa típica de los países meridionales, con patios llenos de flores, con grandes habitaciones donde el eco aumenta el rumor de la conversación. La casa es vieja, primitiva, con una entrada a que dan sombra grandes plátanos, con una escalinata llena de musgo y de hiedra. Allí estudia, trabaja, lee. Traduce a Gautier, a Maupassant, a Loti. Sueña con librarse de la esclavitud periodística y anhela tener tiempo—tiempo nada más, que fuerzas no le faltan—para una gran obra original, maravillosa, que imponga su nombre a la consideración del mundo entero.

De pronto siente el desconsuelo de la vida monótona e imagina que ha de ser siempre así, y es entonces cuando escribe aquella carta magnífica donde pone estas frases, síntesis de una torturante angustia, de una enorme sed de ideal:

»La gran desdicha de mi vida es la de no tener medios para viajar! Odio la vida de todos los días, que no ha sido hecha para los artistas. Daría cuanto estuviera a mi alcance para ser el Cristóbal Colón de la literatura—para descubrir una América Romántica en cualquier región de las Antillas, del Africa, del Norte o del Oriente—para descubrir en detalle la vida de que sólo se habla en las geografías universales o en las investigaciones etnológicas. Si pudiese ser cónsul en Bagdad, Kpakan, Beurrés, Samarkanda, Nippo, Bangkok, Ninh-Binh, o en alguno otro lugar, donde todo el mundo, donde los cristianos comunes no quieren ir...

»He ahí el rincón donde se esconde mi romanticismo. Pero yo sé que no poseo ni las cualidades físicas que me permitirían dedicarme a tales investigaciones, ni el conocimiento de las lenguas necesario para que esa obra tuviera algún valor. Presumo que me deberé uncir a cualquier empresa horriblemente prosaica y desprovista de todo interés filosófico... Ah, no poder ser un simple zapatero ambulante, un músico vagabundo...»

Así gritaba también más tarde cuando ya había realizado parte de su ideal. Imaginémonos cómo se desesperaría en la incertidumbre dolorosa de una vida vulgar, en Nueva Orleans, exasperado por lecturas de viajes y aventuras, tenienno a la vista el mar cantante de las Antillas todo constelado de buques que iban y venían de las islas perfumadas, misteriosas, encantadas, que evocarían en su mente la visión de la isla natal!

Pero, como todos los soñadores, como todos los fantásticos evocadores de ambientes, no se desesperaba sin esforzarse por salir de su quietud ya insostenible. Y a fuerza de luchas, a fuerza de sacrificios, obtuvo que un editor le enviara, por cuenta de un magazine, a recorrer las Antillas, en 1887.

Salió de Nueva Orleans en busca de horizontes vastos, en busca de los ensueños ideales, rompiendo la dura cadena que durante años enteros le sometiera a la ergástula de una labor absurda, esterilizadora, fatal.

...Día de alegrías inmensas hubo de ser aquel en que pudo dar el *Adios!* postrero a la tierra yanqui, tierra de materialidades aplastadoras, donde el genio fracasaba por el *surmenage* a que se veía obligado.

...Y otra vez en marcha hacia lo desconocido! Otra vez siguiendo la estela solar; otra vez sintiendo en sus oídos la canción misteriosa que arrulló sus ilusiones de niño, diciéndole la ventura lejana, el encanto del más allá...

Día de gloria para su espíritu,—como el de tantos otros, fatigado por la interminable labor periodística,—fué sin duda alguna aquel en que asomado a la borda de un buque, al surcar las aguas del mar que tenía perfumes de algo propio, de algo vivido o soñado, pudo dar el *Adiós* definitivo a la tierra donde el genio se tasa por su capacidad productora; tierra donde Poe murió, tal vez de asco, incomprendido y miserable; tierra donde el arte fué siempre un desequilibrio criminal y la belleza una mentira. (Pese a ti, oh grande abuelo de los cantos de hierro, magnífico Walt Withmann).

3.—Lafcadio Hearn recorrió numerosos lugares de las Antillas. Enamorado de San Pedro de la Martinica, que años más tarde había de destruir la famosa erupción volcánica del Mont Pelée, se detuvo dos años en esa ciudad enviando cuentos, correspondencias, novelas a sus editores. Una de esas novelas fruto de sus estudios, es *Chita* que acaba de popularizarse en francés (¹). Después de dos años de constante trabajo que probaron a sus editores su seriedad y constancia, obtuvo como premio a sus esfuerzos que se le permitiera ir más adelante, inquieto ya por esa vida de dos años en un mismo lugar.

Pero antes de seguir a Hearn en sus aventuras debemos detenernos en ese nuevo aspecto que su personalidad nos ofrece como consecuencia de su larga estancia en las Antillas.

Fuerzas atávicas eran las que le empujaban a ir siempre hacia adelante en el eterno descontento de lo realizado. El mismo sentimiento que condujo a la joven griega a seguir al irlandés, de guarnición en Laucade, sugestionada más por la fascinación de lo desconocido que guiada por la fuerza del amor,—y la prueba está en que después de conocer el nuevo ambiente huyó en busca del amor—era el sentimiento que arrastraba a Lafcadio Hearn a buscar las maravillas que presentía en todo cuanto le era ajeno.

Conocedor del inglés y del francés aprendió también el español para aproximarse a la esencia íntima de los ambientes nuevos que se le deparaban. Y todos sus trabajos de las Antillas están llenos de palabras, de frases, de simples detalles que demuestran cuán hondamente se

(¹) *La Revue*, números del 1.° al 15 de abril y 1.° al 15 de mayo de 1911.

asimilaba el carácter y el espíritu de los lugares donde vivía.

Era tan grande la fascinación que en él ejercía lo desconocido, que no vacilaba en perder largos días y terribles noches estudiando las literaturas más extrañas, las más desconocidas; tanto que un día en carta a un amigo, ponía estas palabras: «Mi mayor dolor sería morir sin haber leído *L'Inde sans les anglais* de Loti». El hombre que decía esto de una obra contemporánea se desesperaba en la busca de un libro raro que pudiera llevar a su espíritu sensaciones nuevas, ideas no sentidas por el común de las gentes.

Así pudo llegar a ser uno de los conocedores más profundos de las literaturas exóticas, de esas literaturas que sólo grandes sabios han podido asimilar, como la hindu, y la persa y esas otras que solamente unos pocos viajeros audaces han llegado a sorprender en leyendas vagas de los países de más difícil acceso. A fuerza de penalidades sin cuento, a fuerza de largos y dolorosos sacrificios pudo calmar con el libro esa ansia dolorosa de peregrinación que le llevaba de país en país.

Conocedor de lo raro, de lo extravagante, de lo misterioso, desconocía otras cosas, elementales en la cultura moderna, siendo un caso raro en el ambiente intelectual de lengua inglesa: «Ignoro —decía en una de sus cartas— ignoro toda la literatura inglesa clásica,—los siglos XVI, XVII y XVIII. Habiéndola estudiado muy poco durante mi corta estancia en los colegios, creo ahora que la vida es muy corta para hacerlo, excepto para tomar en ella lecciones de estilo. Pienso que para triunfar el hombre debe consagrarse a un solo propósito: yo me he entregado al culto de lo Extravagante, de lo Raro, de lo Extraño, de lo Exótico y de lo Monstruoso. Está de acuerdo con mi temperamento. Mis recuerdos de la primera parte de la Historia Romana, por ejemplo, son muy vagos, porque la República no me interesa; la era de Augusto, al contrario, me interesa y apasiona vivamente. Siento enorme placer leyendo los autores que nos dicen cómo realizó Adriano el ensueño imposible de los estetas modernos: la resurrección del Arte griego. No sé nada de la historia de Alemania, ni de los países escandinavos; pero conozco los Edas y los Sagas, las crónicas de Heimskringla, la Edad de los Vikings y de los Berseks— porque eran poderosos y de una aterradora majestad. La historia de Rusia no me complace del todo, excepto ciertos episodios extraordinarios, como aquellos de los Dimitris. Pero, no podré olvidar jamás la epopeya de Gengis-Khan y de los jefes nómades que llevaron cien mil caballeros al combate!...»

En las temporadas en que forzosamente había de permanecer en un lugar, los libros raros, extraños, maravillosos, le salvaban de la absurda monotonía cotidiana. Su colección era magnífica y cuenta uno de sus biógrafos que al ver en los catálogos un título desconocido no paraba hasta tenerlo en su biblioteca, honrando el nuevo huésped con sacrificio, vistiéndolo de marroquí, dándole puesto de honor. Cada uno de esos volúmenes le había costado penas, dolores, privaciones. A París, a Londres, enviaba en busca de un libro anunciado, no cejando hasta obtener aquello que juzgaba indispensable para sus estudios.

«Mi biblioteca—decía—está compuesta por libros en su casi totalidad desconocidos de los lectores ordinarios». Y en una de sus cartas, tiene este grito de orgullo: «Mi biblioteca es muy hermosa. Tengo ahora quinientos volúmenes.—Egipcios, Sirios, Hindus, Chinos, Japoneses, Africanos. Es una aglomeración de excentricidades y de exotismos».

De esos estudios salió uno de sus libros, verdadera maravilla en el género, que sorprende y encanta. Es el que lleva el título de *Hojas sueltas de literaturas extrañas*, leyendas de fuentes las más diversas, sacadas de las literaturas Budista, Sánscrita, Persa, Finlandesa, Talmudista, etc.

No son esas leyendas reproducción de las originales, ni traducción, ni adaptación. Extractando la idea madre de cada leyenda, ha hecho de cada una de ellas una pequeña obra maestra, por su idea, por su estilo, en el más admirable conjunto de forma y fondo que se haya visto nunca en ninguna literatura. Y talvez si a algo pueden compararse es a las páginas admirables de *Las mil y una noches*.

He aquí lo que el mismo Lafcadio Hearn decía a propósito de su obra:

«Mientras trabajaba en ese pequeño mosaico de leyendas y de fábulas. sentíame semejante a uno de esos mercaderes, de que se habla en el segundo viaje de *Simbad el Marino* y que a falta de algo mejor, hubieron de contentarse con pequeñas piedras preciosas que adherían a los trozos de carne arrojados al Valle de los Diamantes y que luego traían la águilas. Al tallar mis pequeñas piedras, según ese único modelo, probablemente he reducido la belleza de muchas;—entretanto, paréceme que sus aguas eran tan extrañas y su resplandor tan maravilloso, que su valor intrínseco no podría ser destruido totalmente, aunque en ello se emplea un artesano inhábil como yo lo soy.

»Estas fábulas, leyendas, parábolas no son más que reconstrucciones de lo que más me ha impresionado, por fantástico y bello en las más exóticas literaturas encontradas.

»Esta pequeña colección no tiene ningún derecho a la consideración de los entendidos... Mis gemas son pequeñas y escasas; lo maravilloso y lo espléndido aguardan la llegada de Simbad o de cualquier otro poderoso lapidario, por quien podrán ser trabajadas o cinceladas en ramilletes de joyas tan exquisitas y sorprendentes como esas flores de topacios y de rubíes colocadas sobre la tumba de Nourmahal!...»

Y aun al hablar así, con ese tono ligeramente desdeñoso, advertíase el amor inmenso que dotaba a sus trabajos de investigador erudito y paciente, en el orgullo que mostraba al declarar que sólo otro más poderoso podría hacer más que él.

De esa misma pasión salió *Kwaidan*, conjunto de estudios e historias extrañas en que el amor a lo raro aparece.

Pero llega un momento en que la letra muerta de los libros fatiga, en que el espíritu siente la necesidad de vivir al pleno sol de los campos y en que el dulce agasajo de la biblioteca pesa camo una lápida de plomo. Lafcadio Hearn tuvo un día la visión de que entre los libros su espíritu golpeaba paredes que habiendo sido de luz se estaban transformando en muros de cárcel. Todo llega a fatigar. Y esos amados libros raros,—si bien no fatigaron su espíritu, si bien no le dieron el hastío que sentía el poeta francés, *(hèlas, et j'ai lu tous les livres!)* —por lo menos hiciéronle recordar la necesidad imperiosa de la acción, el mandato imperativo de un destino atávico que le empujaba tras del brillante disco solar...

Y hubo de nuevo tentativas para tender el vuelo por los espacios infinitos del mundo, que le tentaban con su misterio, como deben tentar al ave enjaulada las insondables masas azules del éter.

Y esos mismos libros extraños, que eran en un principio, lenitivo a su mal de andanzas infinitas, se transformaron luego en causa de nuevos dolores y ellos fueron acicate a su dormida esperanza.

Detrás de las Antillas había algo más: había todos esos nombres sonoros, magníficos, con resonancia de metales preciosos, con brillo de piedras bien pulidas y talladas. Y había, allá del otro lado de los mares, una tierra extraña donde la leyenda parecía haberse refugiado, tierra del Sol Levante, donde una gran raza despertaba de un sueño de siglos y siglos: el Japón.

...Y fué bajo la fatalidad implacable de su destino, seducido por el encanto de sus lecturas extravagantes y raras, nuevo Quijote en un mundo material y bárbaro, que Lafcadio Hearn abandonó un día la Martinica y voló, más que corrió, voló a la tierra donde el samurai sustentaba la tradición del honor y de la hidalguía, donde la geisha encanta al viajero con el hechizo de su infantilidad, donde florece el almendro, donde un pueblo primitivo y sano dialoga todavía con el alma de las cosas.

Juan Mas y Pi

(Concluirá en la próxima entrega.)



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

La Escuela Vocacional y del Hogar, creada en México

por la profesora Srita. María Ester Rodríguez

=Envío del autor=

María Esther Rodríguez,

autora insigne de un libro de muchos méritos con que ella nos ha obsequiado y honrado en estos días: *La Escuela del porvenir.* Talleres gráficos de la Nación Mexicana. México. 1929.

¿Como hiciéramos para que la Secretaría de Educación de Costa Rica arrimara esta obra constructiva a las direcciones de las escuelas primarias? ¡Cuántó tendrían que aprender en ella nuestras educadoras!

Sr. Prof.
don Joaquín García Monge,
Repertorio Americano,
San José de Costa Rica.

Ilustre maestro:

Con ésta recibirá Ud. una humilde obra mía: *La Escuela del porvenir*, que con todo respeto la dedico a Ud.; ella compendia todos mis afanes. Ojalá merezca el honor de sumar la muy valiosa opinión de Ud. a las que he recibido.

Creo inaugurar en plazo no lejano una escuela, con internado, dedicada a la mujer indígena y a los hijos de campesinos y obreros; mis energías todas están hoy encaminadas al logro de esta obra que necesita mi país y para la cual me es indispensable la colaboración de los grandes valores intelectuales de las Repúblicas hermanas En tal virtud encarezco a Ud. aporte sus luces.

Espera las órdenes de Ud., con agradecimiento anticipado, su atenta admiradora,

M. E. Rodríguez

Huertas 14, Actipan.—Mixcoac, D. F.
República Mexicana.

A partir de 1920, en este país se ha agitado el problema educativo con una intensidad singular, sumándose México a las naciones del continente, como Costa Rica, Uruguay, Argentina, Chile, que desde antes han buscado por el camino de la cultura y del levantamiento moral y económico de las masas pobladoras la solución de sus problemas.

Pero es preciso convenir que este movimiento educacional era también una necesidad inaplazable y una gestación latente, habiendo hasta en las provincias elementos preparados que aguardaban su hora para surgir con acopio de voluntad y de ideales, colaborando por diversos medios en la obra genial comenzada desde la Secretaría de Educación. Fuerzas autónomas y paralelas, en diversas regiones del país, no tantas ni tan tenaces por desgracia como sería de desear, han coadyuvado a modernizar el sentido de la enseñanza y a ensancharla hasta donde ha sido posible. Algunos gobernadores que se pueden contar con la mano, algunos presidentes municipales, y algunos maestros, han realizado en ciertas localidades obra ejemplar, de la que sería grato y fructuoso hacer amplia mención. Por el momento, he de referirme en particular a lo que ha hecho la Profesora veracruzana señorita María Ester Rodríguez, mujer de inteligencia vasta y ánimo heroico, que podría tener émulos en aquellos fundadores de escuelas de que está abrillantada la historia azteca, como Alcocer; pero que, seguramente, no ha tenido predecesores en el sentido renovador y sintético de beneficios que ha sabido dar a sus escuelas. Un notable observador de la obra educacional de la señorita Rodríguez, ha dicho que sólo puede compararse con la que llevó a cabo don Vasco de Quiroga en Michoacán.

La profesora de que hablo, procede de tierra de nevados y de flores, de Jalapa, que es naturalmente, una ciudad-jardín. Ella se refiere con emoción a las enseñanzas recibidas de pequeña, y muestra álbumes en que entonces recogía figurines y dibujos, con la intención ya de que fueran buenos para "algo". A las señoritas Martínez Macías, maestras de la escuela número 4, en Veracruz, confiesa deberles mucho, de su afecto al aula. Después siguió estudios en la Normal Veracruzana, presidida por la barba exótica y la entonces novísima didascalia de Rébsamen. El año de 1907 la joven profesora comenzó a dar señales de su intelecto, en publicaciones educativas, en pro de la escuela de acción. Y era una terrible competidora: puesto al que hacía oposición, puesto que alcanzaba. Así conquistó la escuela *Carlos A. Carrillo*, y las cátedras de Metodología, Educación Física y Economía Doméstica, en la Normal de su Estado. Se hacía notar; iba adelante; en 1912 forma parte del Congreso Nacional de Educación, celebrado en la capital de Veracruz, habiendo aquí recibido antes en México el título de Profesora de Artes e Industrias.

Poseyendo ideas propias sobre las necesidades educativas del pueblo mexicano y teniendo también medios propios de acción, fundó en enero de 1923 su primera Escuela Vocacional y del Hogar, con el nombre de *Enrique Pestalozzi*, en Jalapa. Escuela en que se ha realizado una síntesis admirable, cuya breve descripción trataré de hacer. La *Enrique Pestalozzi*, (nombre que significa un homenaje, pero no un sectarismo) es una escuela para ambos sexos y para todas las clases sociales, comprendiendo kindergarten, enseñanza primaria, superior e industrial. Los alumnos se dividen en tres grupos: aprendices, obreros oficiales y maestros. El trabajo es en esta escuela a la vez labor y recreación. El trabajo prima sobre todo, y con él la actividad y la vida. No hay en esta escuela lugar para entretenimiento ni teorías inútiles; todo concurre a que el alumno produzca, desde luego, algo que pueda servirle a él o a alguien, y que lo haga como quien montara y desmontara las piezas ideológicas de una teoría. Naturalmente, el programa de la escuela, más que de cátedras y estudios, se compone de talleres, surcos, herramientas y funciones objetivas. La escuela prospera, inspira interés y confianza, da resultados ciertos. Su inscripción, que era para 1,200, alcanza un promedio de 1,800. En 1924 la señorita Rodríguez es invitada por el Gobernador Ibarra, de Oaxaca, a fundar una institución similar en aquel Estado. En 1925 establece en Puebla otra, avalorada todavía con las experiencias adquiridas. Mientras tanto, otras *Pestalozzi* aparecen en diferentes lugares de estos Estados, Orizaba, C[illegible]c, Atlixco, Huejotzingo, Acatlán, Las Vig[illegible]tc., con el soplo creador de la reformadora y la dirección de sus alumnas.

A mi entender, la escuela a base de trabajo creada por esta profesora veracruzana, reune condiciones que la convierten en escuela ideal para México y para todos los países indoiberos que se hallan en condiciones análogas. Es un acomodamiento, una combinación de cosas ventajosas que tal vez por haberse practicado aisladas y sin adaptación no han dado lo que debía esperarse en nuestras tierras. La teoría relevada casi al último lugar, en revancha inevitable sobre los siglos que ha sido la única dueña. La señorita Rodríguez no es, en modo alguno, una mujer de libros. No podría seguramente deslumbrarnos a los adultos con conferencias sobre Krieck, Kerschenteiner, Wineken, Ferriére, Claparéde, etc. Ni siquiera ha tenido noticia, sino muy tarde, de que existen Decroly y Faria de Vasconcelos. No ha sido pensionada a Estados Unidos ni a Europa para aprender cosas que convienen a los chicos de allá y que resultan a la mejor antípodas para los de acá. Esta mujer veracruzana, a la vez que profesora incansable, ha sido una luchadora con éxito en la vida práctica, sorteando situaciones rudas familiares en el terreno económico, y creando recursos cuantiosos, que a otros habrían servido para retirarse a buen puerto, y que ella ha gastado en hacer escuelas perfectamente acondicionadas de locales, tierras, cultivos, material y profesorado, en las que ha podido demostrar a la vista de todos la virtud germinativa de sus planes. Al examinar éstos, nada se encuentra improvisado ni falso; ella misma ha preparado, dibujado, coleccionado, en años de paciente preparación, moldes para corte, modelos para muebles y ferretería, guías para labores, manuales para la cría de animales domésticos, recetas y secretos para las incontables obras útiles de la vida

ordinaria y para acondicionar la vida mejor que es la que prepara su escuela.

En otras naciones pueden darse el lujo de escalonar muchos grados para que los alumnos jueguen exclusivamente. Son países ricos, de razas que despiertan tardíamente y no tienen prisa en llegar a la realidad. Nosotros no podemos hacer esto, porque no tenemos dinero para dilapidarlo tan bellamente y porque nuestras generaciones no esperan tampoco tanto tiempo en el umbral rosado. Somos pobres y tenemos prisa. Y esta escuela vocacional y del hogar, en que se aprende todo y en que nada se derrocha, en que se está alegre y se es útil, es la que nos conviene. Que hojée cualquiera los mil y un libros de enseñanza práctica que nos vienen del extranjero, inclusive los del estupendo Dewey; yo lo invito en seguida a que lea el libro que prepara la profesora veracruzana, y se verá que ésta no pierde el tiempo en disquisiciones más o menos interesantes para los mayores, sino que todo cuanto ofrece ha sido directamente meditado, querido, hecho, en obsequio del niño que será mañana mayor. Acaso el éxito de esta profesora consiste en eso, en que viene desde el niño hasta el hombre y pasa hasta la cooperativa, el club y la nación. Hay una idea cintiladora de patria grande que forma un nimbo alrededor de sus grupos escolares. Esta maestra anda envuelta en una nebulosa de oro, que es el germen de la más trabajadora, más amable y más social generación próxima.

En México y en cualquier nación indolatina tenemos dos de los factores de la prosperidad y de la dicha de las naciones: la población y la tierra. Y vaya si la tierra es vasta; aún calculando la superficie cultivable nacional, en el más pesimista de los cálculos, a la octava parte de la superficie total, en México podría caber una población tríplice bien dotada económicamente. Es que nos falta el tercer elemento de prosperidad, el trabajo. Desde luego, trabajo bien planeado, utilizando los recursos naturales inmediatos y consultando las necesidades propias, en orden de imprescindencia. La preparación para esta clase de trabajo no puede hacerse sino en la escuela; y la escuela creada con amplitud en la concepción y primor en el detalle por la señorita Rodríguez, es la que responde de un modo directo a esta necesidad nacional. La escuela vocacional y del hogar debe ser declarada en México, y en los países semejantes, de utilidad pública y de aplicación inmediata.

Un detalle que ha llamado sobremanera la atención de los visitantes a estas escuelas, ha sido la amable convivencia en ellas de niños, niñas y adultos, de todas las categorías artificialmente creadas en la sociedad por la sobra o falta de dinero. Esto se explica por la ausencia de sectarismos confesionales y de todo género, por la utilidad práctica y otras condiciones de la enseñanza; pero también y antes que nada, por la amplia sonrisa maternal que desborda del corazón de esta amiga del género humano. Los maestros y maestras que acuden a la Escuela Vocacional y del Hogar, harán algo excelente con adquirir el cúmulo de enseñanzas profesionales que allí se imparten, pero todavía ganarán más si se contagian de la rectitud clarísima y de la bondad ilimitada que son todo el secreto de acción de la primera maestra.

Hablo con la mayor sinceridad y siento la mayor satisfacción al decir que María Ester Rodríguez es uno de los grandes espíritus que hacen el prestigio de México en el orden espirituaal y fundamentan esperanzas de un futuro magnífico para nuestra raza. Pertenece al grupo nada numeroso por cierto de ciudadanos alertas, que han comprendido lo que significa la hora de la revolución: la urgencia de cambiar de frente hacia la organización racional y justiciera y la cultura. Su esfuerzo ha sido oscuro y tenaz; su obra personal y combatida, a punto de tener que interrumpirla varias veces ante las avalanchas de la barbarie; su figura está demasiado cerca para que la alcancemos en todo su grandor: esto no obsta; la profesora Rodríguez, que ha gastado su fortuna y su vida, con noble inteligencia y vasta comprensión de los fines educativos, en fundar escuelas de trabajo, tiene derecho, es decir felizmente, más tarde, (ojalá mucho más tarde), tendrá derecho a que se inscriba su nombre al lado de los de Vidal Alcocer, Rébsamen, Justo Sierra y José Vasconcelos. Por el momento, su derecho supremo es a que se le faciliten, por el gobierno, por el público, por los millonarios, por los sindicatos, por quienquiera que sea, los medios para que multiplique sus Escuelas Vocacionales y del Hogar. Ya ha derrochado en obsequio a los niños, como un hada de los buenos tiempos, todo su oro. Ahora, le quedan todavía tesoros más grandes de experiencia, talento y corazón, para repartirlos diariamente enseñando a vivir, para el trabajo, para el entusiasmo generoso, para la cordialidad y la luz, a las nuevas generaciones.

Humberto Tejera

México, D. F. 1930.

El caso de la inversión extranjera

= *Envío del autor* =

6.—El impuesto de la plusvalía territorial, otra mejor garantía

(*Concluye.* Véanse las entregas anteriores.)

La inversión de capital extranjero en empresas de carácter puramente agrícola, es un caso poco frecuente en nuestra América. La razón de su poca frecuencia es que las tierras están muy divididas en aquellas zonas muy pobladas y en tal caso su adquisición envuelve, para un invertor extranjero, procedimientos complicados, costosos y lentos; y cuando se trata de tierras en zonas poco pobladas, las facilidades de explotación son casi nulas, por causa de las malas vías de comunicación, la rudeza de los climas y la escasez de los trabajadores. Sin embargo, muchas veces el capital extranjero llega a invertirse, adquiriendo vastas extensiones de tierras incultas que procede a explotar posteriormente a favor de concesiones privilegiadas.

Nuestra doctrina es que la adquisición de tierras por parte de extranjeros no envuelve un peligro ni un daño actual para los países nuevos, sino cuando esas tierras se obtienen como aditamentos de concesiones onerosas "no controlados por el Estado".

Lo que constituye un mal social para nuestros países y para cualquier otro país son los monopolios, y el monopolio de la tierra—cuya forma secular consiste en el derecho de propiedad privada—es el monopolio más definitivamente dañoso a los intereses comunales. Pero no es menester devolver la tierra al Estado. Para que las consecuencias de ese monopolio desaparezcan, basta que el Estado, como aconseja la doctrina georgista, restituya la renta social y la ricardiana a la comunidad que las ha creado, por medio del gravamen del valor de la tierra. Este gravamen puede iniciarse en forma mínima capaz de crecer en un lapso de veinte y cinco años, hasta cubrir el 85 por ciento del valor de la renta teórica. En términos precisos, puede iniciarse con un medio por ciento del valor, hasta llegar al 5,1 por ciento, calculando el tipo superior de la renta igual al 6 por ciento del valor declarado por el propietario.

Como la determinación del valor de la tierra —excluyendo toda clase de mejoras—es una tarea colosal que requiere para su terminación un período de tiempo muy largo, puede aceptarse, para los efectos de la tributación, el valor declarado por su mismo propietario, siempre que se trate de tierras incultas, en el caso de tierras rurales, y de lotes sin edificar, en el caso de tierras urbanizadas, con la condición de que el valor declarado servirá de base para caso de expropiación. La expropiación debe proceder en casos de necesidad pública, y debe declararse de necesidad pública la construcción de viviendas en las ciudades y el cultivo de la tierra en los campos por familias que no posean tierra alguna.

El gravamen de tierras con cultivos permanentes y edificaciones estables sería objeto, en todo caso, de un peritaje previo para determinar el valor gravable. Los procedimientos para ello son bien conocidos en la ciencia administrativa y no envuelven dificultad alguna. Si es verdad que muchas veces el gravamen recaerá sobre producto especial del trabajo humano y no exclusivamente sobre la renta social o ricardiana, ello no sería un obstáculo ni una razón contra el sistema, pues precisamente lo que se busca es la liberación del capital y el desplazamiento de todas las imposiciones fiscales hacia la renta territorial.

El impuesto territorial traerá como resultado una baja de valores de especulación, forzando a que el valor de la tierra en cambio se fije en el nivel justo de su renta efectiva y no su renta especulativa; volverá prohibitiva la retención de tierra sin cultivo ni edificación; estimulará el cultivo intensivo, pues quedando libre el producto del trabajo, el que cultiva la tierra procurará obtener de ella el máximo rendimiento; y no se contrariará el sentimiento humano propicio para la propiedad privada, pues los poseedores de la tierra podrán trabajarla con seguridad absoluta de no ser jamás despojados.

Con la creación de este gravamen, el capital que se invierta en tierra no puede constituir jamás un peligro para la vida de estas nacionalidades. El extranjero que llega es solamente un agente de producción, en pie de igualdad con los elementos nativos. La recompensa llegará al que trabaje, sin preferencias de ninguna especie; y el Estado recogerá para los servicios sociales la plusvalía que el progreso colectivo haya procurado a las tierras. Y como en todo caso el gravamen absorberá el 85 por ciento de la renta social y ricardiana, los poseedores de la tierra no podrán jamás colocarse por encima de cualquier otra clase de trabajadores, permaneciendo con todos en pie riguroso de igualdad.

La enfiteusis no ofrece problemas particulares. El arrendamiento cuasi secular de bienes nacionales debe sujetarse a los mismos principios que la propiedad privada de la tierra.

La discusión completa de estos principios debe procurarse en las obras originales de Henry

George y en los capítulos especiales que a ello dedican todos los textos modernos de Economía Política y Finanzas.

y 7.—Los peligros de orden moral que acarrea la riqueza fácilmente adquirida

Hasta aquí hemos visto la manera de procurar la inversión de capital extranjero en los países nuevos, sin que ese capital se convierta en medio de explotación inicua; y hemos tenido en la mente un concepto definido de lo que es explotación inicua; el uso ilimitado del privilegio. Contra el poder del privilegio a que tiende lógicamente el invertor extranjero, no hemos encontrado otro medio de salvación que el control del Estado, de cuya manera podemos obtener el beneficio del capital extranjero sin los males numerosos que antes de ahora lo han caracterizado.

Pero cabe una pregunta, después de todo: ¿Es realmente un beneficio deseable la inversión de capital extranjero en los países nuevos?

La respuesta a esta pregunta, cuando se busca el beneficio o el perjuicio en el orden mental, —moral y espiritual,—corresponde al moralista y al sociólogo, más que al financista. La inversión de capital extranjero, como hemos demostrado en las primeras páginas de este estudio, traerá como consecuencia la nivelación de los valores humanos en el mundo; y naturalmente procurará a las nuevas nacionalidades los elementos de progreso que solamente el capital puede procurar. La ambición de los nuevos países es por escuelas, colegios, universidades, ciudades embellecidas y saneadas, vías de comunicación, orden y trabajo. Pero para l logro de esas ambiciones no se buscan los medios arduos y difíciles, sino los medios fáciles que da el dinero extraño. Y aquí cabe preguntar si el progreso material que ese capital extraño puede traer a un país cualquiera que no ha acumulado por sus propias manos ni cultura ni riqueza, puede causar males morales a sus comunidades, como en el caso del hijo que recibe una cuantiosa herencia, en cuya adquisición no tomó parte, y que no sabe hacer uso de ella acorde con los principios del verdadero civismo, de la verdadera ciudadanía. El heredero crapuloso dará el capital acumulado a la mesa de juego, a la prostituta o al café. Dispensará el poder económico no al más capacitado, sino al más audaz. Hará ricos a los pícaros que sepan explotarlo y no a los buenos que aspiran a servirle. La inconsciente inversión de dinero no se hará solamente por su mano, sino también por manos de aquellos que saben quitarle el capital de sus manos. De esta manera, el capital enorme que se acumuló con la impiedad, con la codicia, con la sed de poder insaciable y que por pocos momentos sirvió o solamente pudo servir como instrumento máximo de creación, se derrumba como una pesada arquitectura a la cual faltase, por milagro físico, la fuerza de cohesión de sus partes.

La inversión de capital extranjero regularmente ocasiona elevación de salarios. El trabajador nativo se siente incitado a una nueva forma de producción en cuyo ejercicio adquiere mejor pago. El empresario extranjero puede pagar mejor porque su capacidad de invertor lo orienta a llevar sus productos a los mercados lejanos y así participar de la plusvalía mundial. El productor extranjero del país antiguo aprecia su mercadería muy alto porque tiene que pagar mejores obreros y renta mayor. El invertor del capital en el país nuevo no paga renta alta, porque las tierras son baratas, y no paga tampoco salarios altos, porque aun cuando duplique

los jornales nativos, siempre queda una diferencia enorme a su favor que le cubre con creces los riesgos de la inversión. Pero para el nativo, el salario mezquino del extranjero resulta munífico y por esa razón lo apetece. Es curioso ver como los campesinos autóctonos se van a buscar las secciones de las vías de ferrocarril y los campos mineros y las plantaciones de productos exportables como el café, el banano, el hule y el henequén.

¿Qué inversión dará el trabajador nativo a ese mejor salario? ¿Qué inversión dará la comunidad nueva e incipiente a ese numerario invertido en su seno? ¿No pasa muchas veces como con el heredero crapuloso, que ese capital extranjero va a enriquecer a los taberneros y huye en seguida del país hacia el exterior, para ser despilfarrado en forma ciega, mezquina, indigna?

La riqueza fácilmente adquirida es la más fatal de todas las riquezas. La adquisición fácil disloca el mecanismo real de la vida, interrumpe la ley de la causa y del efecto. La naturaleza del hombre que lucha tenazmente se acomoda al esfuerzo penoso y a la recompensa escasa: este sincronismo modela su carácter y da expresión a su talento creador. Al momento en que este hombre acostumbrado a la penuria se coloca en un poder superior en lo económico, su carácter flaquea y sus virtudes pierden en su conjunto el centro de gravedad de la conducta. Y si el caso individual se repite en miles de casos hasta convertirse en un caso colectivo, el mal que una nación nueva ha de sufrir con la inversión excesiva del capital extranjero tendrá por fuerza que ser desastroso

Pueblo astroso es pueblo de alma astrosa, dice la filosofía oriental. El Occidente se expresaría con precisión mayor e igual elegancia. Pueblo que lleva harapos es pueblo cuya mente no se ha desarrollado bastante para darle el poder de la producción fecunda y de la conducta provechosa. Nuestros pueblos nuevos no están pobres por falta de dinero, sino por falta de inteligencia, de conocimientos y de virtudes vitales. Y también por falta de acicate de toda labor fecunda: por falta de rigor de parte de la Naturaleza. Tenemos que recordar aquí el pensamiento magnífico de Juan Bautista Alberdi: tierras fértiles hacen pueblos pobres; tierras estériles hacen pueblos ricos. La riqueza no está en la tierra, que es sólo un punto de apoyo, sino en el hombre, que es la fuerza creadora. El haber tenido un clima benigno, una tierra que rinde el mil por uno, ha sido nuestro castigo. Un clima y una tierra que permiten vivir,—es decir,—vegetar, a verdaderas piltrafas humanas, son una maldición. El hombre inculto que sabe que puede vivir con poco esfuerzo, es ya un candidato a la nulidad creadora. El que sabe que sin trabajar duramente tiene seguridad de morir, es el llamado a ser un creador en el mundo. Los climas severos del norte han hecho pueblos severos, esforzados, inteligentes. El trópico solamente ha creado abyecciones humanas.

Si por un milagro un pueblo nuevo se volviese perseverante, instruído, inteligente y virtuoso, ya no tendría necesidad, de una manera automática, de capital extranjero para desarrollarse. Recurriría a su propio crédito para organizarse, trabajar y producir. Pero a falta de esas virtudes fundamentales, solamente el capital ajeno puede juntar los esfuerzos humanos hacia la producción de riqueza.

No nos parece necesario, empero, esperar que los pueblos nuevos lleguen a poseer todas las las virtudes, para empezar a trabajar con la ayuda del capital extranjero. La inversión del capital puede verificarse con mesura. Su control con verdadero rigor. Ese capital también deberá invertirse en obras que de una manera segura cooperen a una producción más racional de la riqueza y a la conservación de la vida. Las empresas de saneamiento y de divulgación científica ocuparán el primer puesto. La construcción de viviendas higiénicas y escuelas equilibrará cualquier posible perjuicio por el exceso de numerario y la elevación de salarios de multitudes que no saben hacer uso de la riqueza.

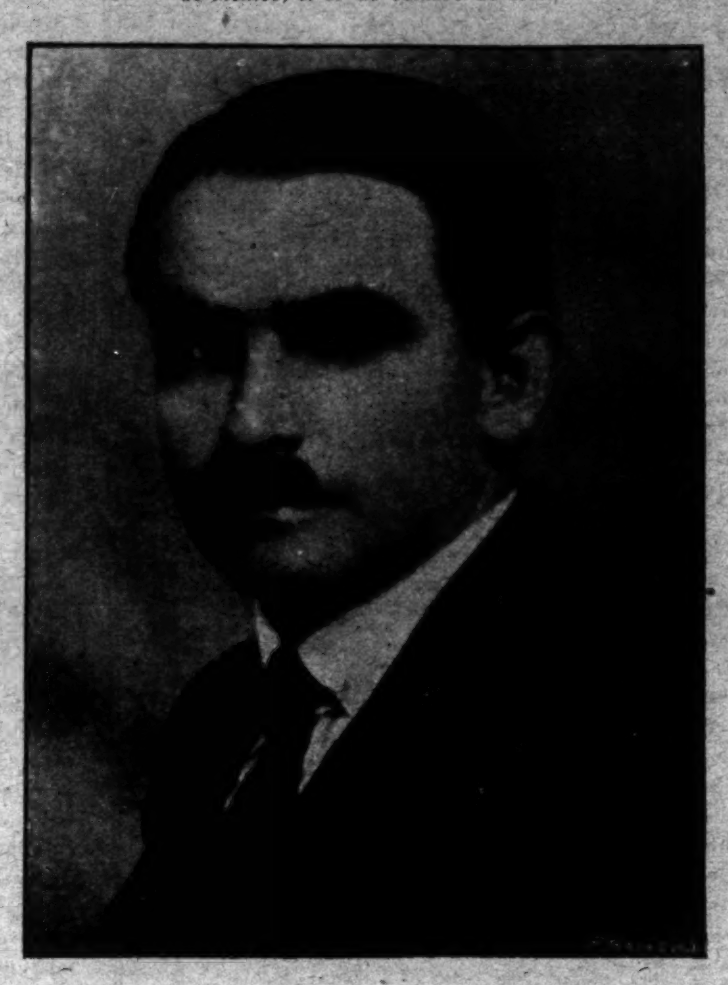
Tenemos que decir aquí, como en alguna otra parte, que nada en el mundo es específicamente malo. Todo tiene su utilidad y su perjuicio, y el término medio es la sola garantía del acierto. No opinamos por que se cierre la puerta a la inversión extranjera, y antes bien combatimos los groseros prejuicios económicos que privan entre las clases semicultas de América. No abogamos tampoco por una desmedida inversión de capital extraño, porque comprendemos el perjuicio que ello acarrearía al carácter de nuestros pueblos. Por otra parte, hay que recordar que el capital que se invierte es capital que tendremos que pagar después; y que si esa inversión no es inteligente, racional y mesurada, cuando las empresas extrañas entren al período de la explotación de sus negocios, volveremos a quedar, si no más, por lo menos tan pobres como antes, y con el agravante del interventor extranjero en nuestro seno.

N. Viera Altamirano

San Salvador, El Salvador. 1930.

Pensando en Elmore

—*Plática de Rafael Heliodoro Valle en la* Escuela Edwin Elmore *de la ciudad de México, el 31 de octubre de 1930.*—



Edwin Elmore

La Unión de Estudiantes Pro-Obrero y Campesino evoca en el quinto aniversario la muerte de Edwin Elmore, del joven maestro cuyo nombre brilla como un símbolo de fe y de amor en esta escuela mexicana. Él está con nosotros en esta noche de recuerdos, alegrándose de ver cómo su simiente de idealidad ha estallado en una primavera de inquietudes y está feliz de codearse con el pueblo que trabaja y que espera de sí mismo la redención, que se ha dado cuenta de su responsabilidad, que ansía ser—como lo fue el apóstol a quien reverencia—una floración de hombres nuevos y puros.

Se me ha invitado para decir a ustedes quién fue Edwin Elmore, no porque sea yo capaz de interpretarlo mejor, sino porque tengo la dicha de admirar a los espíritus que hacen hablar a nuestra Raza y defienden, sobre todas las cosas, el tesoro de la cultura, que, por ser pan es de todos y por ser luz ha de brillar para todos. No pretendo hacer una semblanza del luchador muerto a los 30 años, que ha de vivir mientras haya quienes entiendan bien su más alto mensaje: «*Más que en la torpeza de los egoísmos personales, la base de esa dinámica social de corrupción que constituyen el interés y el miedo, debe buscarse en la ignorancia.*» Ustedes lo están interpretando en la diaria labor que en estas aulas los congrega; hacen digno el nombre de este laboratorio de la cultura popular, el del pensador descontento que hasta el último día de su vida tuvo preocupaciones que lo atormentaran, pero jamás se acobardó en la acción, nunca traicionó el apostolado que hizo de él una de las voces de nuestra América, y siempre supo iluminar las dos palabras de su lema: ***Fé y Amor.***

Cuando presenciamos esfuerzos como el de esta falange de jóvenes mexicanos que viven la angustia de su tiempo y que procuran hallar una solución a los males que corroen a la sociedad en que se mueven, no podemos menos que sentir la emoción de ver cómo las minorías intelectuales, aquellas que igualan su pensamiento con la acción, tienen la seguridad de que alguna vez se les oirá, de que siendo los menos harán agitarse a los más, y de que no viendo llegar a quienes debieran ser sus conductores, hacen que éstos reciban una lección que no han sabido dar: la de luchar desinteresadamente por la cultura, la de mantener alerta el fuego del Espíritu para que por él hable la Raza.

Edwin Elmore creía en que es esa la batalla que debemos librar, en que América necesita un nuevo Ayacucho, en que los intelectuales deben ser responsables para ser solventes, para devolver al pueblo que los nutre el fruto de la verdad y el estímulo del ejemplo. Creía también en que de nada sirve el tecnicismo que carece de un mensaje moral y en que sólo por la auto-educación y por la docencia generosa han de salvarse estos pueblos. Veía el peligro, que es ya una manera de buscarle solución; se explicaba el fenómeno social, ahondando en las raíces históricas, insistiendo en la doble selección de la voluntad y de la cultura, temiendo el predominio de los mediocres, pidiéndonos ser «los discípulos de los discípulos de Próspero» y afirmando con pasión clamorosa que «los viejos se fueron a la tumba, pero los jóvenes no han iniciado su obra». Tal su verdad en desnudez, lanzándose a nuestras almas y sacudiéndolas todavía. Ustedes saben que para reprochar a los que nada hicieron por nosotros y a los que nada hemos hecho por ustedes, se necesita emprender una obra que sea impersonal para que no tenga más aspiración que la de servir, una obra que sin el apoyo de los poderosos egoístas vaya a los que deben ser redimidos y les diga que no todo se ha perdido allí donde hay un puñado de almas que vigilan, siquiera un hombre, como Elmore lo fue, entregado con pasión a su magisterio, capaz de construir la ciudad futura sobre dolorosas realidades.

Organizar el pensamiento hispanoamericano, afirmando que hay «un sentimiento hispánico de la vida»; estar inconforme con su clase y su medio, como dijo Mariátegui en su elogio; ver en la América un Eldorado del Espíritu. Es que él sabía que el ideal bolivariano, el credo bolivariano, ha sufrido desviaciones y que urge definir la fisonomía de pueblos que deben ser homógeneos porque están llamados a un común destino. Por eso pensó y trabajó porque la América librase una nueva batalla libertadora, en contra de los atropellos del imperialismo, no sin afirmar que el peor enemigo de estos pueblos no es ese imperialismo sino la ignorancia en que están unos de otros, la negación de que la cultura hace las grandes masas analfabetas que no sólo no leen ni escriben, sino que, ignorando el medio en que viven, son cómplices inconscientes de ese imperialismo que poco a poco se está adueñando de lo que debe ser nuestro: la riqueza nativa y el espíritu. Pretendió, en vísperas de su muerte, organizar el pensamiento hispanoamericano, sin rechazar los valores de la tradición hispánica, porque eso sería absurdo, en un congreso libre de intelectuales, para impedir que en nuestros asuntos se entrometan los europeos y los norteamericanos. Es que España, para él, es más bien de América que de Europa; es que él creía que los intelectuales minoristas, son los llamados, los obligados, a redimir a esta Raza que se ha callado mucho tiempo, porque sufre mucho, pero que ya empieza a hablar.

En *El esfuerzo civilizador, Sobre el españolismo de Rodó* y *En torno al militarismo*, así como en su gran tribuna del *Mercurio Peruano* y en las cartas a sus amigos quedan, madurando, sus palabras despreocupadas de elocuencia, pero con sangre acelerada. No han de olvidarse esas palabras; no se borran aún porque andan, por el mundo, peleando. Y es que mientras el proletariado necesite manos que se le tiendan para redimirse; mientras leamos a los clásicos sin enseñar a leer a un analfabeto; mientras sea necesario luchar contra los que creen que la democracia está en bancarrota y en que en la espada está la salvación, siendo que la espada ha fracasado, Elmore tiene todavía qué hacer.

Murió cuando la luz radial caía a torrentes sobre su alma; era uno de esos atletas que en el estadio se entregan a la danza gozosa, como en el friso vasconceliano: audazmente brindándose en bondad y en actitud, lanzando el disco sonoro hacia la arena de la vida. Su muerte lo rescató, acaso, de la vejez afrentosa, esa que no debemos apetecer, sino cuando en ella estallan los ímpetus de una juventud renaciente, como bajo las canas de don Miguel Hidalgo y Costilla, o en las rebeldías de ese gran viejo de América, don Enrique José Varona, que dan a la juventud que se cruza de brazos la más clara lección de hombría. Fué su vida una parábola que no necesita interpretación: la de la abeja que se derrocha en dulzuras errantes, en pólenes puros; la del árbol, muchas veces más bueno que los hombres, que se deshace en sombra de hospitalidad, siempre deseoso de servir, no fatigado ni cuando se derrumba.

Saludamos en Edwin Elmore a una de las vidas paralelas de nuestra América, que pasó siendo una dádiva y se alzó como un canto. La juventud de México lo exalta, y hace bien, porque honrándolo se honra, porque comprendiéndolo es capaz de comprender su grave misión en esta tierra: la de pensar con peligro y luchar sin miedo. Elmore, como Bolívar, como Martí, como Vasconcelos, se ha conquistado la ciudadanía continental.

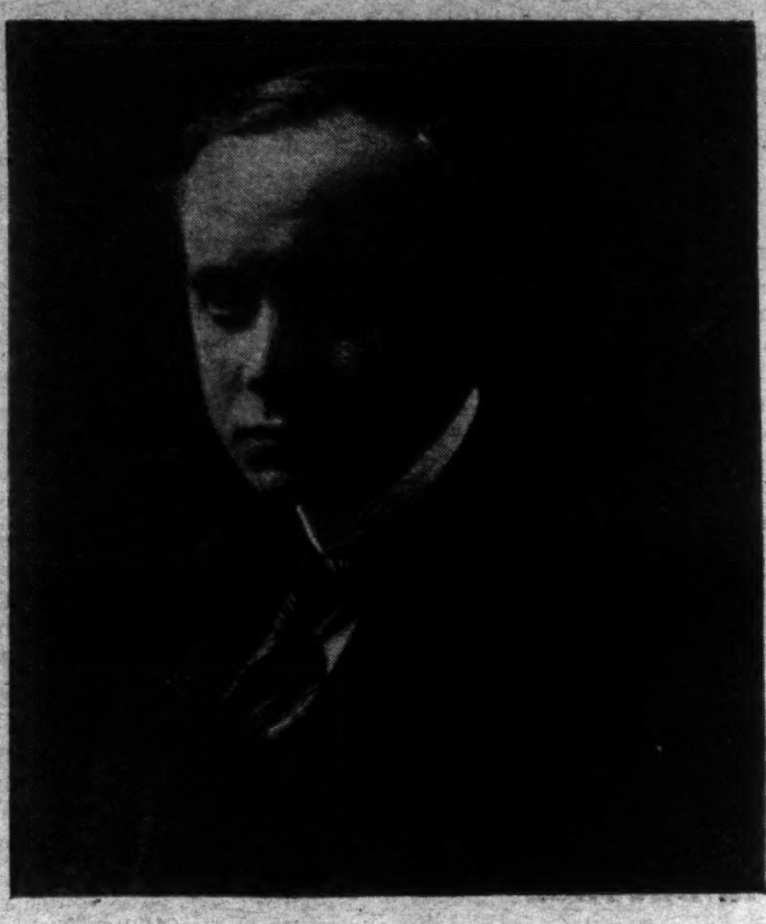
Rafael Heliodoro Valle

Bibliografía. — *El esfuerzo civilizador*, por Edwin Elmore (Lima, 1922); *Vasconcelos frente a Chocano y Lugones*, por Edwin Elmore (Lima, 1926); *Poetas y bufones* (Agencia Mundial de Librería, París, 1926); *Carta a modo de informe*, por Elmore, *Un congreso libre de intelectuales latinoamericanos*, *El nuevo Ayacucho* y *Existe un pensamiento hispánico*, por Elmore (*Repertorio Americano*, San José de C. R., 1924 y 1925); y *Tres cartas de Elmore; Edwin Elmore* por José Carlos Mariátegui, *El milite caído*: *Edwin Elmore* por Jorge Mañach, *Edwin Elmore* por Luis Araquistain y *El trágico fin de Elmore* por José Vasconcelos (*Repertorio Americano*, 1925 y 1926).

(Envío del autor.)

Recordando a los de ayer

= De *La Prensa*. 29, III, 1925. Buenos Aires. =



Juan Mas y Pi

Acaban de cumplirse nueve años. Fué el 5 de marzo de 1916. La noticia de una catástrofe marítima conmovió a la ciudad. Un gran trasatlántico, el *Príncipe de Asturias,* había naufragado en las costas del Brasil, en viaje a nuestras playas. Un choque tremendo: el buque habíase hundido en pocos minutos... Juan Mas y Pi venía en él, con su bienamada compañera. Aquí le esperaban su anciana madre, su hijita, su único hermano, múltiples amigos. Durante varios días la incertidumbre engañóse con la esperanza y el peligro.

El periodista.—Nacido en Cataluña, pasó su adolescencia en el Brasil y radicóse luego en la Argentina. El periodismo lo absorbió desde temprana edad. Recién llegado a nuestro país, trasladóse a La Plata e ingresó a la redacción de un diario matutino; más tarde fué redactor principal de *La Reforma*, diario de la tarde. Trabajador incansable, intervenía en todas las secciones y en todas dejaba alguna innovación tipográfica, algún rasgo espiritual, logrando singularizar al diario con una fisonomía inconfundible dentro del rutinario periodismo local. Después de algunos años de labor tenaz y casi oscura en la capital de la provincia, ingresó a *El Diario Español* de Buenos Aires.

Todos sus amigos desfilamos por aquella salita pintorescamente tapizada de grabados, ilustraciones y retratos recortados de revistas extranjeras, en que Juan Mas y Pi, de pie, inclinado sobre su pupitre, llenaba todas las tardes decenas de cuartillas con su letra menuda, pareja, eslabonada. Al llegar el visitante, volvía la cabeza, sin cambiar de posición el cuerpo, sonreía ligeramente con su sonrisa un poco triste, un poco irónica, y continuaba llenando renglones, sin una tachadura, mientras sostenía con naturalidad un diálogo amistoso.

Aquella facilidad para escribir, adquirida como un hábito por la dura necesidad de ganar tiempo y multiplicarse, que la vida le impusiera, no afectaba, empero, la limpidez ni la elegancia de su prosa. Expresaba claramente lo que deseaba, en materias distintas, con esa urgencia y esa universalidad que son las dos alas del periodista. Lamentábase a veces, sin embargo, en el abandono de la intimidad, de no poder releer, corregir, purificar sus páginas ni cultivar el estilo en sus obras. Pero no hablaba entonces el periodista sino el escritor, sofocado por aquél y vencido bajo su peso; el artista que latía en lo más hondo de su ser.

El escritor.— Y el escritor subsistía a expensas del sueño y el reposo. Sólo en aquellos que se sienten dominados por una vocación irrefrenable es concebible un sacrificio tan constante y cruento. Por eso, al enterarse de algún juicio demasiado severo para uno de sus libros, sonreía melancólicamente, acaso con desprecio, orgulloso de su esfuerzo incomprendido, pero amargado de verse constreñido a entregar obras que el reconocía precipitadas, fragmentarias, inferiores a sus aptitudes.

Después de su pesada tarea diaria de periodista, su descanso era recomenzar. Al salir de la redacción desembarazábase de lo cotidiano y sumergíase en el espacio sin tiempo de sus ensueños, de sus ideales artísticos o sociales. En el tramvía iba anotando observaciones, pensamientos fugaces, o trazaba el plan de su labor inmediata. Poco más tarde, a la luz de su lámpara y acariciado por el silencio de los seres queridos, su pluma corría por el papel, libre, ágil, rejuvenecida por el nuevo surco generoso donde sembraba ideas nobles y sobretodo suyas, sueños armoniosos y esperanzas cordiales. Entre sus manuscritos inéditos debe haber más de un libro de cuentos, alguna novela terminada y muchos ensayos críticos de importancia.

Lector asiduo no sé en qué momentos de su día grávido lograba acrecentar su cultura y seguir atentamente el movimiento literario y artístico de Europa y de los países latinoamericanos. Sobre su mesa estaban siempre las «últimas novedades»; revistas extranjeras, libros de versos, de cuentos, de ensayos, de historia literaria, novelas, dramas, recién publicados. Conocía extensamente las literaturas española, catalana, francesa, portuguesa, brasileña, y no ignoraba nada de la nuestra. Aquella información documentaba y robustecía sus juicios y contribuyó a perfilar, en nuestro ambiente literario de quince años atrás, su personalidad de crítico. Dos volúmenes, *Ideaciones* y *Letras españolas*, en que recogiera una mínima parte de sus estudios, enriquecieron la bibliografía nacional de su época con un aporte valioso y singular.

El crítico.— Porque Mas y Pi fué, ante todo un crítico, un disociador de ideas, un analista sutil, un predicador, un amante de las obras bellas, un amigo alentador de todo esfuerzo desinteresado. «Nadie en nuestro país, en los últimos años—escribía Roberto F. Giusti en un artículo de homenaje póstumo—desempeñó la función crítica con mayor constancia, humildad, elevación de miras y amplitud de horizontes... Dedicó continuada atención a nuestra producción librería, y así, y porque aquí vivió sus mejores años y publicó sus obras y enseñó con la prédica y el ejemplo, aunque catalán de origen, ha de tenérsele por nuestro y muy nuestro. Identificada su alma con la de las nuevas generaciones argentinas, compartió sus desengaños, sus odios, sus anhelos; y si, aunque conocido y bien conceptuado por el público, no alcanzó—tal vez porque su muerte temprana se lo ha impedido—a ejercer una poderosa influencia sobre el ambiente, no ahorró esfuerzo por la elevación intelectual de aquél, y no siempre resultaron vanos sus esfuerzos. Por lo menos, aquí donde la crítica literaria suele ser considerada un humilde menester de la «cocina» del diario, que cualquier galopín puede ejecutar, él enseñó por palabra y por obra que los libros son cosas muy respetables y se les debe el respeto siquiera de leerlos y analizarlos con cultura y honradez, cuando de ellos se escriba».

Pero en uno de sus estudios, el mismo Mas y Pi nos dió su mejor definición al darnos su concepto profesional. «El crítico —escribió allí— debe poseer, en primer término, ese estado de simpatía reclamado por Carlyle, y tener, además, una duplicidad de espíritu, un posible desdoblamiento de su inteligencia, para poder comprender el estado mental del autor estudiado, colocándose en su medio y en sus condiciones idiosincrásicas para asimilar íntegramente todo cuanto el autor ha querido decir. Solamente así, el crítico dejará de ser un censor, un fiscal, cuya obra será grosera como todo lo que se convierte en oficio, y solamente así podrá encarar los más complicados problemas y estudiarlos, aceptando o no las conclusiones de los autores, pero manteniendo siempre, sobre su opinión personal, la noble rectitud de lo sincero... Solamente el amor, indispensable al artista para la creación, podrá dar al crítico la fuerza asimilativa necesaria para interpretar con honradez la obra ajena. Sin amor, el crítico juzgará dictaminando en pro o en contra, pero no comprenderá, y no comprendiendo mal podrá acertar con la expresión justa, con el término exacto, con el juicio lleno de honradez que la conciencia exige».

El hombre.—La crítica, obra de amor... Y Mas y Pi fué un gran corazón. Tanto valía el hombre en él, que cuantos tuvimos la dicha de conocerlo en la intimidad, no podemos leer ninguna de sus páginas sin iluminarla con nuestro afecto personal.

Modesto, sobrio, concentrado, no despertaba una simpatía instantánea. Había algo de evasivo en sus ojos, en su sonrisa débil, en su voz. Y era acaso la timidez social de un espíritu solitario. El mecanismo de su labor periodística parecía haber regularizado sus movimientos, sus gestos, dándole una falsa apariencia de hombre pacato, indiferente. Más de uno, al conocerle, se asombraba de que él fuese el autor de algunas prosas vibrantes, incendiarias, en que solía dar escape a su indignación y a su sed de justicia humana. Por otra parte, era tan pulcro en su persona, tan correcto en el vestir, que desilusionaba a

muchos de sus lectores que hubieran deseado verle como la encarnación del bohemio libertario que les sugería alguno de sus artículos de carácter social.

Sólo en la intimidad de su casa mostraba la ternura de su corazón, la sencillez doméstica de sus hábitos, la parte intacta del niño que sobrevivía en su espíritu. Solía dedicar las tardes de sus domingos a la amistad. Reunía en su casa a tres o cuatro pintores y escritores muy amigos, y allí se conversaba de arte o se leía y comentaba a un autor discutido. Yo recuerdo particularmente una de aquellas tardes plácidas y fecundas. «No falte Ud. mañana — habíame escrito el día anterior —. Tendremos buena música». En efecto, la tuvimos. No se cómo apareció un piano (pues ni antes ni después lo hubo en la casa) y un pintor catalán residente en Buenos Aires, y fallecido hace años, José Guarro, ejecutó con buena técnica y exquisito gusto composiciones propias. Al despedirnos, Mas y Pi dejó escapar esta queja de pájaro cautivo: «¡Y tener que volver a la redacción dentro de dos horas»!

Volvía y trabajaba. Dió sus mejores energías al periodismo anónimo, pero no hubo nota que él redactara donde no pusiera algo de su corazón y de su espíritu. El lector desconocido era sagrado. ¿Quién puede calcular las trascendencias de una frase perdida en una gacetilla? El primer diario que fundó en el Brasil llamóse *El Deber;* la última revista que dirigió en Buenos Aires llamóse *La Obra.* Y entre el deber y la obra se le fué la vida...

El viaje a España era su ilusión más acariciada. Logró realizarlo y permaneció varios meses en la península. Desde ella escribió a sus amigos argentinos cartas entusiastas adelantando hermosos proyectos artísticos que evidenciaban su fe en el porvenir. Una catástrofe estúpida nos lo arrebató cuando volvía a nuestros brazos.

Rafael Alberto Arrieta

Bucólicas virgilianas

— En la traducción de FRANCISCO DE P. HERRASTI, Prof. de Lengua y Literatura Latinas en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México. —

Cuarta bucólica

Ocasión del poema

Lo escribió Virgilio siendo cónsul el mismo Polión, el año 40 A. C., año mismo en que la mujer de Polión dió a luz al que fué Asinio Galo Salonino. Después dió a luz a otro, a C. Asinio Galo. El primero murió en la infancia. Virgilio honra al cónsul prediciendo la gran gloria de su hijo. Respecto de otras personas a quienes se ha supuesto que hace referencia el poema, pero no son procedentes, véase por ejemplo, a Papillón y Haigh.

El tema de la composición es no ya pastoral, sino verdaderamente heroico; y no sólo italiano, sino romano, fundado en tradiciones religiosas veneradísimas en Roma; pero ilustrado profusamente con erudición helénica.

Después de la victoria de Filipos el estado de Italia era tristísimo. Sexto Pompeyo y Domicio Ahenobarbo impedían la llegada de víveres a Italia, y con esto el hambre recrudecía. Octaviano además se enemistó con la gente de Antonio, y se propagaron los tumultos y sediciones causadas por motivo de la repartición de tierras; llegando al extremo de que Lucio Antonio aun ocupara a Roma con nombre de Emperador. Dió esto origen a la guerra de Perusia, y a que M. Antonio desembarcara en Brindisi para auxiliar a los suyos, ya en pugna abierta él también con Octaviano. Pero, cuando era inminente la guerra entre éste y Antonio, y el hambre aumentaba por grados, Polión obtenía el conciliar a Antonio, con lo que se pacta luego el arreglo de Brindisi, y aun él concierta el casamiento de Antonio con Octavia, la hermana de Octaviano. La alegría pública fué grande; y todos esperaban una paz duradera. Polión llegó al pináculo de su crédito, en el propio tiempo en que nacía su hijo.

Por otra parte, los romanos creían por sus tradiciones proféticas, unas etruscas, las otras helénicas, compendiadas éstas en el Carmen Cumaeum de que aquí habla Virgilio, oráculo de la Sibila de Cumas en Campania, que la vida del mundo está sujeta a «años mundanos», períodos inciertos de larguísimo tiempo, compuesto de diez plazos, divididos en cuatro estaciones, la edad de oro, la de plata, la de bronce y la de hierro; y que al cabo de dichos diez plazos todas las cosas del universo, desde las respectivas posiciones de los astros, se reponían. Un dios presidía a cada uno de los diez plazos, Saturno al primero, Apolo al último. Virgilio en el verso 10 expresa que ya corre en efecto la edad de Apolo; por tanto, la vuelta a la de Saturno era inminente.

La edad de Saturno era para los romanos el principio de la soñada y perdida edad de oro. Saturno es un rey mítico de Italia que pasaba por haber sido el inventor de la agricultura y maestro de la civilización pacífica. La leyenda decía que Saturno había venido a Italia siendo Jano rey, y que habiendo sido bien recibido por éste, tomó su asiento en la Colina Capitolina, por lo que esta recibió el nombre de Saturnia. Más tarde, en este lugar, camino del Capitolio, se alzó el conocido templo de Saturno. Como Saturno les hizo a los romanos los bienes que hemos dicho, el país llegó también a llamarse Saturnia, quiere decir, la tierra de la abundancia. Después desapareció Saturno yéndose con los dioses; y Jano le alzó su primer altar. Agrégase que entonces el país tomó nombre de Lacio para recordar la desaparición del héroe. Las fiestas Saturnalia se celebraron siempre en Roma en el mes de diciembre.

Pues bien, se dice que cuando después de la muerte de César se apareció aquel cometa, el harúspice Vulcacio, dijo ante el pueblo, que el cometa significaba el término del período nono, y la entrada del décimo, del de Apolo; pero que él moriría inmediatamente por haber revelado así los secretos de los dioses; y que en efecto, no bien dicho esto, cayó muerto. Y con esto la gente ya creía que el período de Apolo estaba ya en curso, y que el de Saturno estaba por volver, y con él el principio de una edad de oro.

Virgilio, movido también él por todo esto, el crédito y la fama de Polión, la paz de Octaviano con Antonio, las tradiciones religiosas, anuncia la nueva edad; y señala por iniciador de ella, por nuevo Saturno, al hijo de Polión, que no obstante la fuerza de Octaviano y de Antonio, era el magistrado legal de Roma; y por tanto, la primera persona del Estado. En confirmación de esto se dice que el mismo C. Asinio Galo, el segundo hijo de Polión, le dijo cierta vez a Asconio Pedanio que él era la persona significada aquí por Virgilio; y Asinio vivió, y Augusto llegó a pensar en él para sucesor, (Tac. A. I., 13); pero luego fué víctima de los celos de Tiberio.

El Carmen Cumeaum, oráculo de Cumas, fué posesión de Roma desde el tiempo del rey Tarquinio el Soberbio, a quien la Sibila de Cumas se lo vendió; y fué inmediatamente confiado a un cuerpo de magistrados; primero dos, más tarde 10-367 A. C.; y por último, 15. Estaba escrito en hexámetros griegos. Conservado en el Capitolio, se quemó en tiempos de Sila, 83 A. C. Después de la restauración del templo, el Senado hizo muchas diligencias para reponerlo, mandando gente a Eritras, Samos, Ilio, etc. y lo repuso, formando como 1.000 versos. Augusto hizo una recensión de él; y duró hasta Estilicón, que se dice que lo destruyó quemándolo.

Virgilio al invocar a las musas de Sicilia no ha determinado pretender un arte que rompa con sus anteriores bucólicas; y sólo quiere subir el tono. La mención de Saturna regna, verso 6, se comprende con lo dicho; así como las de Virgo, que es Astrea, la diosa de la Justicia, hija de Júpiter y de Temis, y hermana de Pudicitia, y que vivió en el mundo en la edad de Saturno, pero que se fue de ella al entrar el mal a él, y es ahora la constelación Libra o Virgo en el Zodíaco. La invocación a Lucina es obvia, la diosa que favorece los alumbramientos, hermana de Apolo; a ella Virgilio la invoca que ayude al nacimiento del niño deseado, pues que ya es tiempo: ya la época de Apolo, la décima, está en curso. Apolo es el dios de la civilización exquisita, no de la sencilla, y cierra bien el ciclo del «annus mundanus». Hijo de Júpiter y de Latona, y gemelo de Diana, es dios del sol, de la adivinación, de la arquería, de la medicina, de la poesía y música, y presidente de las Musas.

La Argos es la conocida nave de los Argonautas, los navegantes compañeros de Jasón, hijo de un rey de Iolcos, lugar de la Tesalia, que viajó en la Argos a la Cólquide, al fondo del Mar Negro para obtener del rey Eetes el vellocino de oro, prenda con la que esperaba que sería repuesto en el poder del rey su padre. Tifis fué el piloto de la nave.

La mención de Tétis por la mar es fácil, cuya personificación es. Tetis es una ninfa marina, hija de Dóride, mujer de Peleo y madre de Aquiles; y éste es el héroe que

personifica la fuerza y la hermosura, el heroe de la guerra griega contra Troya.

Las Parcas, llamadas también Moerae, y Fatae, son las diosas del destino. Su genealogía no es clara, (Hesiodo, Teogonía 211/17;904); y son tres: Cloto, la hilandera; Láquesis, la sorteadora; y Atropos, la inevitable. Virgilio las nombra como servidoras del destino; y dice que en obediencia a él disponen ya la pronta venida de la edad deseada.

La mención de Orfeo y de Lino es nombrar a los poetas más legendarios de la mitología. Lino, hijo de Apolo y de Terpsicore, fué maestro de Orfeo y de Hércules, que lo mató con la lira. Orfeo, hijo de Eagro y de Caliopea, la principal de las Musas, diosa de la poesía, es el cantor mítico de la Tracia, marido de Eurídice; y uno de los argonautas. Y Virgilio dice que él, si ha de tener por tema al héroe romano, espera que no será vencido ni por Lino, ni por Orfeo, aunque a uno lo asista Apolo y al otro Caliopea! Y no sólo, sino que agrega que vencerá al mismo Pan, dios de los pastores de la Arcadia; y que lo vencerá siendo ésta juez. Pan, el hijo de Mercurio y de Penélope, es el dios de los bosques y de los pastores, y era representado en figura de chivo. Su amante fué Syrinx, la cual fué transformada por las ninfas en un campo de cañas, de una de las cuales sacó Pan la flauta pastoril que inventó.

Materia del poema

El poeta comienza invocando a las Musas de Teócrito a que entonen más su canto pastoril, de suerte que sea digno de un cónsul, de Polión. Anuncia que ya vino la última edad del oráculo de Cumas, y que la serie de los siglos vuelve con Astrea, con Saturno y con una nueva descendencia; invoca a Lucina a que favorezca al niño que viene a poner fin a la edad de hierro, y con quien vuelve la de oro; y le expresa que ya reina su hermano Apolo. Anuncia a Polión que la gloria esperada comenzará bajo su consulado; y que ya las huellas de las maldades humanas van a ser borradas; que el niño esperado va a ver a los héroes congregados con los dioses, y así mismo entre ellos, y que gobernará en paz imitando las virtudes de su padre. Prosigue con un apóstrofe al niño esperado, y le dice que la tierra le va a dar por primeros pequeños dones, hiedra, nardo, colocasia y acantos; que las cabras por sí traerán a casa henchidas las ubres de leche, y que el ganado ya no temerá al león; que las serpientes perecerán y las yerbas venenosas; y que el amomo nacerá dondequiera. Le agrega al niño que así que ya se dé cuenta de cuales son las calidades que hereda de su padre y las glorias de los héroes, que poco a poco el campo amarilleará de espigas, que las uvas nacerán de los espinos y la miel de las encinas; pero que algunas huellas de la perversidad humana durarán no obstante, la cual instará a los hombres a desafiar la mar, a asediar ciudades, y abrir surcos en la tierra; que aún habrá expediciones temerarias en busca de lucro, y otras guerras y un nuevo capitán, como Aquiles fue contra Troya. Pero que cuando el niño llegue a hombre las navegaciones cesarán y el comercio marítimo; y toda tierra producirá todo; ni se arará el campo, ni se podará la la vid, ni se teñirá la lana, pues los carneros darán el bellón rosado o amarillo y los corderos lo darán de color vermellón. Las parcas, agrega el poeta, de acuerdo con el invariable decreto del destino, ya han dicho a sus husos que les den prisa a tales tiempos. Entra niño, prosigue el poeta, pues se aproxima el tiempo, a tan grandes honores, tú, estirpe de dioses, y grandeza de Júpiter. Mira cómo el mundo, que oscila por su redonda pesantez, y los países y el mar y el cielo y todo, se alegran por esta edad que va a venir. Oh, alcánceme para entonces el extremo de una larga vida y la inspiración, cuanto sea bastante para cantar tus hechos. Ni Orfeo, aunque le asista Caliope, ni Lino, aunque le asista Apolo vencerá mi poesía. Pan mismo, y siendo juez, la Arcadia, reconocerá que lo he vencido. Y concluye el poeta: mira pues ya, oh niño, sonreír a tu madre, después de las largas molestias de estar encinta de ti; mírala ya sonriente, ya que aquel a quien sus padres no le han sonreído, ni los dioses lo reciben en su mesa, ni en su lecho las diosas.

Manera del poema

Entonemos, o Musas Sicilianas,
algo más grandes cosas: los plantíos
y míricas humieces no les placen
a todos. Si cantamos las florestas,
dignas de un cónsul las florestas sean.
La última edad ya vino del augurio
de Cumas, la gran serie de los siglos
nace de nuevo; vuelve ya la Virgen,
y vuelven de Saturno los reinados:
del alto cielo abajo gente nueva
ya desciende. Tú, pues, Lucina casta,
a este niño que nace da tu auxilio,
con quien acabará la gente férrea
primero, y se ha de alzar la aúrea en el mundo:
tu Apolo reina ya. Tú en verdad siendo,
siendo tú cónsul, oh Polión, tal gloria
del tiempo empezará, y los grandes meses
darán comienzo a transcurrir; caudillo
siéndonos tú, los ya deshechos rastros
de nuestra perversión, si algunos quedan,
de miedo librarán por siempre al mundo.
Él de los dioses obtendrá la vida;
y a los héroes y dioses verá juntos,
y aun será visto entre ellos, y él el orbe
regirá en paz con las virtudes patrias.
Mas a ti por primeros regalillos,
oh niño, dondequiera y sin cultura
la yedra trepadora con el nardo
brotará el suelo, y colocacias juntas
al acanto sonriente. Las cabrillas
sueltas traerán a casa henchida la ubre
de leche; y el ganado a los leones
no temerá de corpulenta talla.
Dará tu cuna misma blandas flores;
perecerán las sierpes; y la yerba
perecerá que engaña con veneno.
Pero así que ya puedas los loores
de los héroes leer, y las empresas
de tu padre, y saber qué es el esfuerzo,
de espigas muelles lentamente el campo
se hará amarillo; de la inculta espina
penderá la uva roja, y los robustos
encinos sudarán mieles rociadas.
Empero, durarán del mal de antaño
ciertas huellas, que harán que el hombre tiente
a Tetis con navíos, y que ciña
de murallas los pueblos, y que le abra
al suelo surcos. Y aun habrá otro Tifis,
y otra Argos que conduzca héroes selectos,
y habrá otras guerras aún, y contra Troya
será de nuevo enviado Aquiles célebre.
Más tarde, cuando ya la edad madura
hombre te haya hecho, dejará el mercante
de su grado la mar; y el pino náutico
ya no rescatará mercaderías:
todo producirá la tierra toda.
No sufrirá ya el suelo los rastrillos,
ni sufrirá la vid la podadera;
el arador a sus robustos bueyes
también habrá de desuncir del yugo:
ni aprenderá la lana varias tintas
a mentir; y el carnero en las cañadas
mudará su vellón ya en rósea púrpura,
o quier en azafrán amarillento;
y por sí la escarlata a las ovejas
las habrá de vestir mientras que pacen.
Unánimes las Parcas con el firme
numen de los destinos, a sus husos
les han dicho: «Dad prisa a tales siglos».
Entra a honores tan grandes, ya se acerca
el tiempo, oh estirpe cara de los dioses,
oh de Júpiter ínclito incremento.
Mira al mundo que oscila so su carga
esférica; y las tierras y las vías
del mar, y el hondo cielo; mira cómo
todo se alegra con la edad futura.
Oh que me dure a mí la última parte
de mi vida y aliento tiempo tanto,
cuanto a decir me baste tus empresas:
que no me vencerá ni el tracio Orfeo,
ni Lino en la poesía; aun cuando al uno
la madre ayuda dé, y al otro el padre.
A Lino el bello Apolo, y Caliopea
a Orfeo. Aun si conmigo Pan compite,
con su Arcadia por juez, aun Pan vencido
se ha de decir a juicio de la Arcadia.
Oh tierno niño, a conocer empieza
en sus sonrisas a tu madre: diéronle
diez meses a tu madre afanes muchos.
Comienza, oh tierno niño; a quien sus padres
no sonrieron, ni el dios lo honró en su mesa,
ni tampoco en su tálamo la diosa.

Ofrenda lírica a Virgilio,

el poeta de las Geórgicas y las Bucólicas

Vida rural

Vida rural, sencilla y placentera:
el campo verde y lleno de rumores;
las vacas, repastando en la ladera,
y el sol, distribuyendo sus fulgores.

El buey y el campesino, junto a la era,
confundiendo sus penas y sudores,
y la mañana fresca y bullanguera
con delantel de hierbas y de flores.

El camino extendido entre el boscaje
como una sonrosada serpentina,
y el cielo sin congojas ni neblina.

Al contemplar el rústico paisaje,
que los pájaros colman con su trino,
¡bendice uno la paz del campesino!

El sendero rural

Al recorrer el rústico sendero
por donde bajan siempre los ganados,
he visto, allá a lo lejos, las montañas,
y el mar con sus paisajes encantados.

He visto la ciudad, el campo, el río,
la ermita entre la niebla y la colina,
y la mujer que baja con el niño...
y la tarde, y la choza campesina.

He visto el manantial, la huerta, el nido,
y el vuelo de las aves sorprendidas,
y he escuchado las voces, que en la selva,
murmuran, con misterio, tantas vidas.

Por eso hoy que mi vida no transita
el sendero rural de los ganados,
estoy con la nostalgia del paisaje
y siento ya mis ojos enjaulados.

La pala

Para don ***Juan Rudín.***

Compañera sencilla del labriego
en las nobles labores de labranza,
tú limpias, con afán, las negras eras
en donde finca el pobre su esperanza.

Humilde y compasiva, los terrones
deshaces y repartes en las eras,
para que vayan luego las simientes
retoñando en las bellas sementeras.

En manos del labriego te levantas
enpapada en rocío y en sudores,
y en tanto el sol, del cielo te bendice,
con ofrendas de bellos resplandores.

Compañera sencilla del labriego,
que en las tardes descansas, sin querella,
¡cómo tu vida es móvil, noble y fuerte!
¡cómo tu gloria es santa, pura y bella!

El arado

Tú remueves la tierra con esmero
como una fuerza ignota del destino,
y a los hombres enseñas el camino
de la lucha, y del triunfo placentero.

Virtud de voluntad que hace jirones
la solidez compacta de la tierra;
en ti una potestad talvez se encierra...
Por eso es que obedecen los terrones.

De la tierra tú rompes la corteza,
para que el sol bendiga el surco abierto,
y transforme el erial en bello huerto
y la dicha reemplace a la tristeza.

Arado de mi padre y de mi abuelo,
instrumento de lucha y de victoria,
¡quién pudiera forjar la noble historia
del bien que has prodigado en nuestro suelo!

La escuelita rural

Para ***Gabriela Mistral.***

¡Què triste se ve la escuela
a la vera del camino:
parece como una abuela
que ha cumplida su destino!

Los niños ya se marcharon...
la maestra también se fue...
sólo quedan estos muros
frente al paisaje, de pie.

Los pajarillos a veces
se posan en el tejado,
cuyo viejo alero, el viento,
de tejas ha despojado.

Pobre escuelita rural,
tan triste y abandonada...
pordiosera del camino...
Quién fija en ti la mirada?

Abuela de verdes campos,
colmena de pobres niños,
escuela de mis recuerdos,
para ti son mis cariños.

¡Qué triste se ve la escuela
a la vera del camino:
parece como una abuela
que ha cumplido su destino!

J. J. Salas Pérez

Costa Rica. 1929.

La vida de León Trotsky

— Envío del autor —

(Concluye. Véase la entrega anterior)

y 2.—Del primer contacto de Trotsky con Lenín nació la admiración del discípulo por el gran profesor de marxismo, quien, a su vez, excelente penetrador de almas, descubrió en el joven levita todas las posibilidades de un rector revolucionario.

El prófugo de Siberia llega a Londres anheloso de doctrina y de actividades apostólicas. Trae todos los rumores de la sorda revuelta que agita al proletariado ruso, un urgente mensaje de lucha y una bien definida concepción del mundo nuevo. Su fervor de transformación social ha roto las fronteras nacionales, y, en su juvenil entusiasmo, están llenos de optimismo todos los horizontes. (Quizás contribuyera el temperamento judío a esta dilatación del concepto patrio). Es todavía un menchevique, un marxista manchado de democracia, pero Lenín, que adivina en él un fermento puro de bolcheviquismo, lo impone a la dirección del *Iskra*, lo introduce en su «colegio», contra la injusta prevención de Plehkanov, el exégeta. El neófito destructor de la organizacion burguesa, orgulloso de la autoridad que le dan sus prisiones y su ostracismo, sus disciplinas ideológicas y sus activas luchas, defiende como un bárbaro el contenido de su personalidad: estilo, ideas, plan de acción, intuiciones e instintos. Pero la fuerza mental y la visión política de Wladimir Iliitch, maridadas a un carácter de excepcional calidad, logran marcar la ruta del rebelde. Es verdad que luego han de tener no pocas divergencias por encontradas opiniones de método en la marcha, mas de la línea trazada no se ha de separar nunca. Hacia el «implacable» fin irán siempre estrechamente unidos, con el mismo optimismo militante—virtud poco rusa, como lo anota Gorky—con igual violencia e idéntica pasión de sacrificio, reteniendo «su alma por las alas», en el temor de que la piedad los desvíe o los aleje del triunfo. Mutuas concesiones,—que son mandatos de una razón consciente del error, y no cobardes asentimientos—, impiden el choque de las dos terribles voluntades, y la armonía corteja al común ideal.

La defensa hecha por Trotsky, de su actuación revolucionaria, a partir de la conquista proletaria del poder, básase, sobre todo, en esa armonía, no fallada en ningún instante, si hemos de escuchar con fé la historia de su vida. La izquierda comunista, hoy en la deportación, en el exilio o en la cárcel, por «traición al leninismo», reivindica, en el libro de Trotsky, la inflexible ortodoxia de la doctrina, y lanza el anatema contra los que se llaman sus fieles, estando en herejía. ¿Quiénes son, pues, los herederos de la razón y de la voluntad de Wladimir Lenín? Su *Testamento*, escamoteado por el actual dictador de las repúblicas soviéticas, iluminaría, tal vez, este turbio punto.

Sea como fuere, Trotsky y los suyos, con su intransigencia en cuestiones dogmáticas, aunada extrañamente a la intuición de la realidad; con su internacionalismo revolucionario,—pues que sólo en el dominio universal del obrero ven la posibilidad de cambiar el orden del pasado—, con su desconfianza del campesino (conservador y retardado en todos los meridianos), sin menospreciarlo; mas sobreponiéndole la fuerza industrial de la ciudad, afirman el legado de Lenín, no obstante las conciliaciones de éste con el capitalismo burgués en angustiosas horas de desconcierto económico. Curioso es observar que en este plano, las dos líneas de conducta, la trotskiana y la del jefe supremo, siguen idéntico camino. Trotsky fue el primero en insinuar la herejía. «Cuando Lenín, dice aquél, formuló las primeras tesis, bastante circunspectas, sobre la adopción de una nueva política económica, yo me adherí inmediatamente a ellas; para mí, eso era la repetición de lo que yo había propuesto un año antes.» En la impaciencia de la reforma habían roto el ritmo del movimiento político y de la evolución económica, y la fatal realidad los obligó a retroceder en busca de la perdida cadencia.

En el antagonismo de Stalin y Trotsky ¿hay combate de lo real con la utopía? ¿choque de un espíritu racionalista con «una concepción pedantesca del marxismo»? O bien, ¿hay lucha de intereses pequeños, guerra de ambiciones de comando? ¿Es entonces política mezquina? Esto sería, en todo caso, la verdadera traición a las normas de Lenín. El autor de lo que en Occidente consideramos como el nuevo caos del mundo, encarnaba de modo inhumano la renunciación individual. Y análogo desprendimiento alienta en Trotsky. Aún dentro de las maldiciones a este demoledor de nuestros hábitos, su vida heroica, horriblemente santa, nos fuerza a limpiarlo de todo pensar bajo, de todo ruín anhelo. Precisa reconocerle una total abnegación en la persecución de lo que él considera como el bien y la justicia. El odio por su obra política no excluye la admiración al hombre: una aterrada admiración por virtudes que no caben en nuestra noción de bondad; implacables virtudes, convertidas en maldades por nuestra hagiografía.

Ya hemos visto a Trotsky en Londres, como miembro del Sínodo marista a los veintitrés años. El pensamiento de Iliitch le está abierto de par en par, y Nadejda Konstantinovna, esa admirable mujer, le ha hecho franquear la puerta grande de su corazón. Bajo tal egida comienza la formación del panfletista, al que Bernard Shaw le reconocería más tarde preeminencia universal. Su gran defecto, (o suprema cualidad política?), «un exceso de confianza en él mismo», lo lleva a actos de infinita audacia, pero en ningún momento va a ciegas ni anda a tientas, porque en el límite de los más osados atrevimientos se levanta el faro de su razón. Todo tiempo es estrecho para su labor, a pesar de que el ascetismo la alarga las horas hasta lo inverosímil. Escribe. Estudia. La biblioteca del British Museum no logra extinguirle el hambre de cultura. Se inicia como conferencista. Mide armas con patriarcas de la anarquía, y de la justa sale asombrado de los argumentos pueriles «que

emplean esos venerables viejos para demoler el marxismo». En París agita a los estudiantes, «descubre la naturaleza» (!) y se familiariza penosamente con el arte. Los museos despiertan su resistencia de bárbaro, pero poco a poco se rinde a la belleza... y ya no le parece Odesa mejor que París.

El primer conflicto entre Trotsky y Lenín no está lejano. Por razones sentimentales, el discípulo que aún no ha podido domeñar el corazón, traiciona en cierta manera su ideología, y se separa de los métodos del maestro en el segundo congreso del partido. Todavía es menchevique, a pesar suyo: quédanle blanduras incompatibles con la severa regla del leninismo. Reñido con la mayoría e incómodo entre los minoristas, Trotsky se aleja de unos y otros, para formular propias concepciones; pero con ellas comienza a penetrar francamente en la órbita de Lenín. Por fin se halla libre de toda mancha de liberalismo y democracia, y sólo en la dictadura del proletariado, con base en la clase campesina, ve la certeza de un triunfo completo. Sin embargo, persisten en su actitud disposiciones a la conciliación; resistencias orgánicas a un bolcheviquismo puro! Necesita *endurecerse* más para poder marchar al lado del inflexible jefe.

Todos los grandes acontecimientos futuros de Rusia se hallan en las perspectivas de este joven revolucionario, y es por eso que ninguno de ellos le sorprende. Tiene previstas las huelgas de 1905 y ha hecho cálculos exactos de su trascendencia. Es la hora de poner a prueba las teorías establecidas en la prisión, de aplicar los métodos políticos concebidos en el destierro, y vuela a la acción; se arrojó al «formidable remolino» de San Petersburgo. Seguro de sus dones, conocedor del mecanismo de la huelga, psicólogo sutil de la masa obrera, instintivo, intuitivo, razonador, abarca el movimiento en sus grandes líneas, tiene la clara visión de una victoria más o menos lejana, y, sintiendo «orgánicamente» que ha dejado de ser un escolar, obra como maestro, se constituye heroicamente en líder. De la derrota que sufre la revolución en ese año trágico sale repleto de experiencia, seguro, más que nunca, de la fuerza proletaria, y como cree haber descubierto los síntomas universales de la descomposición de la burguesía, se le ilumina el horizonte del orbe con la «proximidad relativa de la revolución socialista».

Comienza la segunda serie de cárceles y deportaciones. Vuelve Trotsky a su «universidad», con un sentido más humano y más trágico de la vida, a perfeccionar su doctorado de médico social. Nueva evasión del infierno blanco de Siberia. Y otra vez el destierro, que durará diez años, y en el cual va a conocer horrendas prisiones de la burguesía occidental y países inhospitalarios que lo echan de sus fronteras, que se le arrojan unos a otros como una bomba explosiva. La presencia de este nocivo animal horroriza por dondequiera, y llega el momento en que no halla un palmo de tierra para detenerse. ¡Y ni un solo grito de dolor corporal se oye en esta interminable fuga!

La gran guerra, «la guerra imperialista», como Trotsky la llama, en la que está viendo abismarse a todo el socialismo del mundo, lejos de calmarle el fervor revolucionario, de hacerle zozobrar el entusiasmo, le afirma la necesidad de destruir el sistema político y social que, en vez de fraternizar a los hombres, los hace asesinarse periódicamente, y redobla la lucha. Nada doblega la voluntad de este hombre. Nadie puede desviarlo de su fin. ¡Entre el hervor *chovinista*, la victoria le aparece inminente! Poco le importa la vergonzosa palinodia de los intelectuales del marxismo, porque él sólo cuenta con la conciencia obrera.

Quince años llevaba preparando el pronunciamiento de esa conciencia. Conocíale todos sus secretos, todos sus móviles. Atalayaba el instante de ponerla en acción, y cuando vió que otra mano movía la palanca, desviando la enorme fuerza; que era la *democracia* la vencedora del zarismo, se precipitó, forzando las fronteras de los países beligerantes, a defender «la verdadera revolución» contra la burguesía enseñoreada.

A partir de esa hora, cargada de trascendencia, la personalidad de Trotsky comienza a hacerse inaccesible. Luego toma tales proporciones, que se desborda en la historia contemporánea. Será necesaria una larga perspectiva para juzgarlo, y tal vez ni así, porque la distancia lo puede hacer entrar en la leyenda, puede convertirlo en mito.

Él y Lenín levantan las compuertas que detienen los instintos del individuo y de las masas, desenfrenan todas las energías espirituales, abren la subconsciencia histórica para que se escape un *refoulement* de siglos, y domeñando el formidable alud, lo ponen al servicio de la revolución. Todo se halla previsto en la mente de esos dos hombres, y, matemáticamente, superiores siempre a imponderables situaciones, destruyen un pasado de milenios y crean una nueva época. Improvisan con la seguridad de un dios en el acto creador. Pero no hay en su génesis un séptimo día de reposo, y es al verlos en la lucha contra su vulgar fatiga de pobres seres humanos, pues descansar un minuto es comprometer la victoria, cuando se aprecia toda la trágica grandeza de esas voluntades.

Trotsky en el poder se eleva de muchos codos sobre los más altos espíritus de la revolución soviética. Entre tantas grandes fuerzas que la historia dirá si emanaron del bien o del mal, la de Trotsky aparece enorme. Solamente Lenín sobrepasa su medida.

Caído el Dictador revolucionario, de nuevo en la prisión, otra vez deportado, o recomenzando el ostracismo en un planeta que, por represalia o por temor, le cierra las puertas del asilo, no da la impresión de una tragedia *personal*. Los intereses de su vida continúan siendo universales, y no es en el individuo es en el drama del mundo donde hay que buscar su dolor. Sereno, encima de todo lo pequeño, combate a sus enemigos, no por el daño que le han hecho, sino por haber «traicionado» la revolución.

La vida de este vencido no aparece como una vida fallada. Al contrario, hoy en la derrota tiene un gran sentido de victoria. Victoria independiente de la suerte que el destino le reserve a la *horrible* experiencia que hizo Trotsky para fundar un nuevo régimen social.

Miguel Santiago Valencia

París, Octubre, 1930

Estampas

Qué piensa Swift de los abogados y los jueces?

Habíamos dejado de leer al Dean Swift. Otras lecturas nutrían nuestras reflexiones. Hoy hemos vuelto a él leyendo la noticia bibliográfica de la obra de Carl Van Doren, *Switf: A Biography*. Qué ha visto Van Doren —nos preguntamos— en la vida de Swift para dedicarle veinte años de estudio y poder dar al mundo una narración cabal de ella y de sus obras? Es que Swift es escritor de los buenos, de los que perduran. Estudiarlo es penetrar en un mundo de ideas que tienen poder para dar su nota de sabiduría en cualquier momento y en cualquier época de la vida. No usó lo que Gracián llama «una pluma de caña dulce destilando néctar». Es severo, amargo, pero lleno de justicia. Con cuánta devoción leemos y releemos las páginas profundas de sus viajes. Estimulan a la meditación, infunden personalidad, hacen perder la timedez para examinar la vida en la cual crecemos apretados por tantas limitaciones y conveniencias.

Qué piensa Swift —por ejemplo— de los abogados y los jueces? A unos y a otros los excluyó de su simpatía. Por boca de su héroe confiesa haberse visto en las cercanías de la miseria a causa de un juicio perdido para él con costas y demás zarandajas. Afirma que los conoció muy bien y vierte su experiencia cruel y despiadadamente. De los jueces dice que «se les saca de entre los abogados más hábiles cuando se han hecho viejos y perezosos». Y que como «durante toda su vida se han inclinado en contra de la verdad y de la equidad, es para ellos tan necesario favorecer el fraude, el perjurio y la vejación». Son vanales y «cuando defienden una causa evitan deligentemente todo lo que sea entrar en los fundamentos de ella; pero se detienen, alborotadores, violentos y fatigosos, sobre todas las circunstancias que no hacen al caso».

Bien, se nos dirá, y no son esos los jueces de la época de Swift, es decir, de hace tres siglos? Naturalmente, respondemos tranquilos de que esa época haya pasado. Qué haríamos padeciendo una justicia administrada por abogados en los que Swift vió lo tenebroso del mal? La enseñanza que el Dean nos deja en el examen de los jueces de entonces consiste en el contraste que podemos establecer. Hace trescientos años la justicia pudo darse a los hombres en una forma primitiva. Hoy no sería posible. Un juez de nuestro tiempo no podría escogerse sin producir una gran conmoción social, de entre los abogados que se han hecho viejos o perezosos. El pobre Swift perdió su juicio porque tuvo que confiarlo a la senilidad y a la pereza. Si reencarnara y lo sometiera a lo que llaman un proceso de revisión, no podrían los jueces modernos darle un fallo ruinoso. Entre aquellos jueces y los de hoy hay diferencias profundas. Los tribunales de entoces pudieron ser una prolongación de los hogares de los jueces, pero no los tribunales modernos. En aquellos pudieron hacer tertulia, llegar y salir a la hora que les viniera en gana, mientras los procesos se enmohecían y se eternizaban. Mas no en los de hoy, porque en nuestros jueces priva un sentido hondo de lo

que es el funcionario. El decoro del funcionario es lo primordial.

Estudio y más estudio es la aspiración a que ciñen su vida los jueces de hoy. Por no haberlo conocido como disciplina austera los jueces de hace tres siglos, fué que el Dean los estigmatizó cuando los sorprendió en lucha contra la verdad y la equidad. Swift quería imponer su visión de un mundo al cual le faltaban tres siglos de gestación. Fue intolerante con el sentido de la justicia que sustentaban los jueces de su tiempo. Tenía un concepto moderno del fraude, del perjurio y de la vejación y juez que no fulminaba tales vicios, era juez parcial, sin estudio ni dignidad. Las sentencias de hoy harían de seguro aparecer a Swift como un rezagado. En casi todas ellas hay estudio, conciencia, probidad. Swift toleraría, de volver en estos momentos al mundo, que a los jueces se les dieran luces, otras luces fuera de los fanales prendidos en cada proceso por fallar. No le sería repugnante que el alumbrador fuera un hombre, abogado o no, de gran influencia política o social. Justificaría la conducta diciendo que cuatro ojos ven más que dos. Pero a pesar de su gran visión para descubrir la justicia y los jueces de un período posterior de trescientos años, habría que mofarse de él. El estudio hace de la justicia y de los jueces modernos un mundo que Swift no pudo vislumbrar. No caben ahora influencias de ningún orden para desviar el criterio de los jueces. Las partes atesoran el proceso de pruebas y hasta allí llega la intervención que se les otorga. Los jueces se niegan a que ser viviente les hable del proceso una vez listo éste para recibir fallo. El estudio y la conciencia lo hacen todo. Las partes, o como dice la jerga abogadil, actor y demandado, deben ponerse la rosa del silencio y aguardar justicia limpia. Cómo sonaría de estridente la voz de Swift abogando por una persona de influencias que pudiera acercarse, si no zalamera, sí reverente, a los jueces modernos que fueran a dar fallo en proceso de importancia! Las influencias políticas o sociales están exterminadas y quien en la desesperación por obtener justicia, acudiera a buscar la palanca del abogado poseedor de esas virtudes, caería en un mundo de desolación ¿Quién podría mirar con otro sentimiento que no fuera de desprecio al osado litigante? Los juicios no tienen interés para los jueces porque en ellos intervengan las habilidades o las sabidurías de éste o de aquel abogado. Para los jueces no hay personas, sino justicia y quien la tenga la recibirá, no por merced, sino por mandato de principios superiores.

Todos los males anatematizados por Swift son de la entraña de los malos jueces de su época. Cuando lo oímos referir lo torpes y sin escrúpulos que eran nos parece que Swift exageró. No dejó resquicio por donde no asomó su genio inconforme, como si fuera un atormentado de la justicia. El cuidado que ponían en recopilar sus sentencias para librarlas del desuso, en lo que hoy resolvían en este caso para aplicarlo mañana al caso parecido, mortificó el espíritu inquieto del Dean. De esa ordenación luminosa dice que «tienen cuidado especial en guardar memoria de todas las determinaciones anteriormente tomadas contra la justicia común y contra la razón corriente de la humanidad». Y más adelante las muerde tenazmente, afirmando que «las exhiben, bajo el nombre de precedentes, como autoridad para justificar las opiniones más inicuas, y los jueces no dejan nunca de fallar de conformidad con ellas». Como decimos, debilidades todas de la justicia y de los jueces de aquella época. El Dean fué visionario y lo que en 1930 existe quiso verlo en 1630 rigiendo con majestad y fuerza. La justicia primitiva pudo no olvidar los fallos también primitivos en que se menospreciaba con injuria la razón corriente de la humanidad. Pudo convertir en leyes esos fallos y darles diaria aplicación. Mas la justicia que dan los jueces modernos es nueva, cada día por el olvido que hace de la tradición que deforma los principios saludables de la ley. La tradición condenada por Swift se explica en jueces llenos de los vicios de aquellos con que a él le tocó rozarse. Se explica en una justicia muerta, hecha para pueblos sin energía que forman sus tribunales por combinaciones políticas. Pero no es época ésta para esos anacronismos. Los precedentes suministrados por fallos no siguen tiranizando como antaño en la Inglaterra de 1600. Ahora hay estudio y como consecuencia de él un espíritu ágil, ávido de desentrañarle a la ley virtudes creadoras en vez de apelotonarla de quistes. Cada proceso es un mundo nuevo para los jueces del cual ha de salir una creación original y en muchísimos casos, luminosa. Se irá con el que preparó la pasta sobre que se infundió el espíritu de la justicia. Con él es confianza, alegría. Con el juez, como precedente (jurisprudencia dicen) es rezago, estorbo.

Swif es fecundo en observaciones acerca de la justicia, los jueces y los abogados de su época. Búsquelo quien quiera producir contrastes para agradecer a los dioses que hayan transcurrido trescientos años que ponen un abismo entre aquella justicia, aquellos jueces y esta justicia y estos jueces.

Juan del Camino

Cartago y noviembre del 30.

A propósito de Bolívar y de Bello

=Del tomo III de los *Sueños de Luciano Pulgar*. Bogotá. 1926.=

Luciano.—...Hubo hace muchos siglos en la India oriental un bramán muy letrado que escribió para su rey cierto libro de ejemplos morales, compuesto de una cadena de fábulas muy variadas, que se van enredando unas en otras y complicándose como los cuentos de las Mil y una Noches. El bramán, que se llamaba Bidpay, escribió el libro en su propio idioma, del cual fue traducido en árabe y después en latín, hasta que vino a parar en manos del rey de Castilla don Alfonso el Sabio hijo de don Fernando el Santo.

Don Alfonso tradujo, o hizo traducir, el Exemplario de Bidpay, llamado también libro de Calila y Dymna, por razón de dos de sus principales personajes; y al cabo de los tiempos, el códice de Bidpay, junto con otros libros manuscritos de don Sancho el bravo, hijo y sucesor del Rey Sabio, y del Infante don Juan Manuel, sobrino suyo, han sido anotados y publicados por el orientalista don Pascual de Gayangos, en un tomo de la biblioteca de Rivadeneira. Ese tomo guarda el tesoro de los monumentos más preciosos de la prosa castellana anteclásica, producidos por un Rey comparable a Justiniano y a Napoleón como codificador, por un rey rebelde y de corazón de hierro, y por un infante revolvedor y tan versado en la literatura como en la política de aquellas edades.

El libro de Bidpay abunda en pensamientos muy curiosos y en observaciones profundas, como una que dice: «Cuando quieras conocer el corazón de tu amigo, cáta el tuyo propio»: lo cual quiere decir que, así como hay indudables presentimientos, así hay cierta simpatía o correspondencia entre los corazones. Esto puede ser la cifra de lo que espontáneamente sentimos cuando hallándonos cerca de otra persona, o al ir a toparnos con ella, el corazón como que nos avisara, o bien con placer o bien con cierto temor, o alegrándonos con esperanza o infundiéndonos el afecto contrario. Hay hombres que al verlos venir o al acercarnos a ellos nos dan el placer de sombra benéfica para guarecernos, mientras que otros parece que nos dieran prisa de apartarnos. Fenómenos talvez de recóndita telepatía o de influjos inefables, que sirven de advertencias al ánimo y al espíritu.

Donato.—¿Y a qué viene ese preludio de simpatías fundado en las fábulas de Bidpay?

Luciano.—Viene a referiros que desde mis años juveniles me produjo hondo aprecio Venezuela como «magna parens», como madre fecunda en inteligencia, sabiduría y heroísmo, de suerte que aplicándole lo que de otro suelo dijo Michelet, podemos considerarla como una de las tierras más adecuadas para el desarrollo de la planta que se llama hombre. Especialmente dos venezolanos subyugaron mi admiración y mis afectos desde muy temprano, dos inmortales nacidos en esa república, que fueron Simón Bolívar y Andrés Bello.

El primero, el gran Libertador, escogido por el cielo como uno de sus primordiales instrumentos, sería sellado por razón de su espíritu, de su corazón y de sus hechos. Cometió faltas como las cometieron Julio César y Napoleón Bonaparte, que pueden considerarse pares suyos; pero ellas no amenguan los destellos de su entendimiento inspirado, de su ánimo prepotente, ni de sus virtudes generosas.

Sus proezas serían llamadas semidivinas si se hubieran ofrecido a la consideración de los antiguos. Inspirado por el amor de su patria y de sus hermanos, contempló los sucesos del porvenir, perdonó la ingratitud, dió ejemplos de desprendimiento incomparable. En sus campañas y batallas subió al nivel de los guerreros más grandes; su oratoria militar es obra sublime. La adversidad fortificaba su voluntad, y si el éxito llegaba a deslumbrarlo, su magnanimidad se sobreponía luego. Nadie puede imaginarlo en alianza con la mentira o la doblez. El infortunio lo coronó aliado con la reputación, y al cabo de un siglo su gloria esplende en el monte Sacro, cuna de su vocación, y en la capital de la primera república del orbe, que le rinde homenaje.

A veces recordamos los monumentos que simbolizan al Libertador, sus estatuas modeladas por los primeros escultores, los bridones de bronce que soportan el peso de sus hazañas y de sus pensamientos, los homenajes que le tributan las muchedumbres cuando «mirándole pasar, cinco naciones pusiéronse de pié»; sus delirios sobre las alturas de los Andes; las arengas que recibía y especialmente aquella del cura de Pucará que comparó su gloria

creciente con las sombras que se alargan al ocultarse el sol; el anuncio de victoria que profirió hallándose convaleciente y solo, sobre la silla recostada a la pared en Pativilca; el decreto en que el congreso peruano declara que el Libertador ejerció el poder dictatorial, pero conformándose a las leyes y dando singular ejemplo de civismo; su fin en medio del abandano y de la pobreza.

Pero de modo especial nos conmueve, entre todos estos honrosos pormenores, la escena que recordamos de un niño de cuatro años, vestido de ropón y tendido en el suelo sobre una alfombra, teniendo al lado una imagen del Libertador, a la cual acariciaba con su mano hoyosa, diciendo con ternura y repitiendo: «Bolivítar, Bolivítar». Pobre niño! Más que la escultura, más que la poesía y la elocuencia nos pareció esa palabra un eco de la gloria más pura y más ingenua.

Donato.—¿Y qué nos viene a decir de don Andrés Bello?

Luciano.—El otro venezolano que mentamos es héroe también, porque héroe puede significar hombre que sobresale por la pureza del carácter, por la grandeza del alma y por la elevación de la virtud, cosas que se reunieron en la sabiduría y bondad del ilustre Bello.

El mundo americano lo presenta como uno de sus ornatos más puros y más brillantes: ingenio, erudición, inspiración, sabiduría, fecundidad, beneficencia, virtudes de todo orden, ésas son sus dotes y cualidades excelsas. Su lira resuena con los cantos americanos y con poesías en que los sentimientos más puros se expresan bajo la forma más acabada. Sus discursos ofrecen la alianza de la profundidad y la belleza. El acumen de su ingenio produce lucubraciones que admiran por la exactitud, el orden y la novedad, de suerte que en varias materias es genio e inventor. Como legislador dictó leyes a la mayor parte de las naciones de un continente y restableció en los códigos los influjos de la eterna legislación romana

Fue uno de los que echaron los cimientos de la civilización de Chile, nación distinguida en nuestro hemisferio por su sensatez y prosperidad. Supo esa nación aprovecharse de los ejemplos y enseñanzas de tan privilegiado maestro, en su universidad, en su prensa, en su diplomacia, todo lo cual fue principal elemento para ponerla en el carril definitivo de la cultura y del progreso; y a su turno supo también glorificar al ilustre extranjero que, convirtiéndose de hecho en hijo adoptivo, se ganó el amor y la gratitud de ese pueblo. Por eso su estatua, blanca y pura como sus acciones y virtudes, es ornamento de la gran ciudad que se llamó Santiago del Nuevo Extremo y cuya sabiduría ha brillado en el juicio arbitral que dirimió la competencia entre sus últimos candidatos, como dirimió la porfía entre sus primeros regidores cuando desapareció don Pedro de Valdivia.

Donato.—No, no, don Luciano. Ya va demasiado lejos su prurito de digresiones. Vuelva a la senda y diga qué cuentas tiene el Bidpay con Bolívar y con Bello.

Luciano.—Pues que así como desde sus comienzos el triste paria ha admirado a Venezuela en sus héroes militares y en sus sabios, así siente y cree que por allá corresponden a su franqueza y a su sinceridad, las cuales son el sistema diplomático empleado por el modesto ciudadano del lugar que ayer se llamó Hatoviejo y hoy se llama Bello.

Marco Fidel Suárez

Bogotá, Dicbre. 11 de 1925.

¿Que ha sido de Laguado Jaime?

Buenos Aires, 21 de Octubre de 1930.

Sr. don J. García Monge,
Director de *Repertorio Americano.*

Mi gran amigo: yo también quiero preguntar por el paradero de Laguado Jaime desde las páginas de su revista y conforme a la invitación aparecida en el número 7 de este año. Respetuosamente hay que preguntar—se dice allí—al gobierno cubano, qué ha sido de Laguado. Muy respetuosamente lo pregunto yo.

El 11 de abril de 1929 puse en el correo de Buenos Aires una carta dirigida a Laguado Jaime,—Apartado 1633 — Habana, y casi un año después me vino de vuelta, el sobre lleno de borrones, sellos e indicaciones. Aquí está aún el sobre, en mi mesa. Dice un sello: "Cumplido en Lista.—No reclamado".—y otro, "Habana.—Lista de Información. Junio de 1929. Rezagos".—y otro más allá: "Ngdo de C. y Rezagos.—15 de Junio 1929, Habana".— y uno ovalado y en tinta negra: "*Correspondencia muerta*, 24 Sept. 1929. Archivo General.— y otro, de obliterar, que me aconseja: "*Compre azúcar cubano. Buy cuban sugar*"—y al fin uno enorme: *Al remitente*. Y así volvió mi carta... borrado el nombre de mi amigo con un enérgico trazo de lápiz azul.

Claro que yo pregunto, muy respetuosamente, ¿por qué el Correo de la Habana no envió mi carta a la cárcel donde se dijo que había ingresado al joven y valiente escritor venezolano?

A un amigo lejano le he mandado preguntar, hace mucho, por Laguado. Me respondió que, ingresado en una prisión cubana, que tiene una trampa sobre el mar, en lugar muy frecuentado por los tiburones... Y que ya no se supo más de Laguado Jaime...

En Buenos Aires los que éramos amigos de Laguado Jaime, del valiente muchacho adversario franco de Gómez y su vergonzosa tiranía (cuánto tarda en caer!) creemos ya en la existencia de un crimen. Un crimen perpetrado en la Habana o en cualquier rincón de Venezuela, pero un crimen que indigna las conciencias todavía libres de nuestros pueblos.

Claro está, amigo García Monge, que preguntamos qué ha sido de Laguado Jaime.

Su afectísimo amigo,

B. González Arrili

Tablero
=1930=

Carta a Rebecca Kaye

The Civic Club
18 East 10th Street.
Nueva York.

Señora:

Le envío unos ejemplares de mi última producción editada en libro, un folleto (¹) ahora de sólo 30 páginas; poco, señora, pero creo que serán bastantes para saludar con ellas a nuestros *Amigos desconcertados de la América Latina* (²).

Ve Ud. las cosas desde un observatorio importante, importantísimo para nosotros; tanto más importante cuando que desde él se ven claramente las estrellas de vuestra bandera flameando en nuestras heredades, mas no las fulgurantes que en vuestra historia han servido de ejemplo y de estímulo al mundo; tanto más importante, señora, pues que ellas son las que nos desprestigian ante vosotros, multiplicadas sus magnitudes por virtud de las asalariadas ondas de Hertz, y presentadas ante vosotros como luminarias sobre campos de sombras en la América Latina, convertida así en cementerio de almas y osario de hombres ante vosotros. Créame, señora; vuestros intereses comerciales tienen engañado al pueblo de los Estados Unidos con respecto a los hombres de la América Latina, e intentan constantemente, hasta lograrlo *a veces*, engañarnos a nosotros mismos de lo que nosotros mismos somos; el folleto adjunto le dará detalles concretos, pero en cuanto a vosotros, no conocéis siquiera la verdadera historia de nuestra Independencia, ¿y váis a conocer nuestra actualidad a través de las noticias intencionalmente desequilibradas de vuestra prensa, consciente o inconscientemente al servicio de intereses que a vosotros os son funestos y que nosotros abominamos con toda la fuerza de nuestra alma? Ayúdanos, pueblo de los Estados Unidos, a hacernos conocer ante vosotros, no os desaniméis de querernos, y os convenceréis de lo que hacen con nuestros pueblos vuestros propios enemigos internos!

Rebecca Kaye, señora, que no falte la voz de Ud. en la América Latina, que Ud. de seguro no conoce sino a través de los cables, y perdón si me equivoco; que no nos falte su voz porque es la voz de una alma libre de los Estados Unidos, que vé *los hechos* y la faz práctica de su realización artificial y espúrea; que nos da el grito de alarma sobre la forma en que se solazan ante vosotros nuestros verdugos, agrandando ante vosotros hasta el más mínimo de sus gestos de conquista, y ocultando a vuestros ojos nuestra constante opinión que los ridiculiza o los fustiga. Ah, señora!: si vosotros supiérais lo que son ante nosotros vuestros agentes financieros, las acciones de vuestros bancos y de vuestras compañías fruteras y petroleras y navieras bajarían muchos puntos y vuestros agentes perderían toda la fuerza artificial de que se creen verdaderamente poseedores! Por-

(¹) *Cómo la mentira comercial extranjera absorbe nuestras riquezas y destruye nuestra soberanía.* 1930. San José de Costa Rica.

Por 25 ctms. oro el ejmp. se remite este folleto al exterior.

(²) Véase la entrega pasada del *Rep. Am.*

que vuestros agentes se vindican ante vosotros diciéndoos: «Allá así lo quieren», y os engañan; y como vosotros les creeis, se invisten de vuestra credulidad para agrandarse ante las mentes incautas que hay en todos los pueblos. No os dejéis engañar, ciudadanos de los Estados Unidos!

Créame, señora, su admirador fervoroso,

Rafael Estrada

Costa Rica, Noviembre, 1930.

La jaula vacía, el bibelot y otros cuentos

Acabamos de recibir, elegantemente editado por Alsina, el volumen que contiene 16 cuentos de Camilo Cruz Santos (incluyendo los que han obtenido primeros premios en Juegos Florales y certámenes literarios en San José y Bogotá). Los títulos que forman la colección son los siguientes:

La jaula vacía.—El bibelot.—Pur sang.—La limosna.—Diario del amor trivial.—Gratitud.—El hermano menor.—La gloria.—El beso de la esfinge.—La diplomacia del señor alcalde.—La imposible.—Entre mar y cielo.—La decadencia de Occidente.—Uno de tántos.—El desquite.—La sucesión de César.—

En la introducción del libro, el señor Cruz Santos, anota en forma sintética, la esencia y las modalidades características del cuento, de acuerdo con sus propias observaciones en la lectura de los maestros del género.

Las alusiones honrosas

Costa Rica.—Entre las publicaciones periódicas de Hispano-América ocupa un lugar preeminente por su espíritu elevado y amplio el *Repertorio Americano* que aparece en la capital de esta culta República. Queremos aprovechar la oportunidad para reiterar a su director, el venerable maestro Sr. García Monge, la expresión de nuestra admiración y simpatía.

(*Revista de Pedagogía*. Madrid.)

Un ejemplo de desarme

= Editorial del *New York Herald Tribune*, 7 de noviembre, 1930. =

La República de Costa Rica ha establecido en estos días un precedente que bien pudieran seguir las naciones latinoamericanas y aun otras más a las cuales preocupan los dispendios y peligros de los desmesurados armamentos. El gobierno costarricense ha decretado que en 1931 las fuerzas nacionales no pasarán de quinientos hombres. Además, la mayor parte de estas tropas consistirá de músicos que tocarán en las tardes en las plazas ciudadanas para entretenimiento de la población.

Ya desde hace años viene Costa Rica señalando con orgullo el hecho de que sus maestros exceden en número a sus soldados. A este propósito es interesante notar que este país ostenta, entre los de la América Latina, una historia envidiable de vida pacífica dentro y fuera de sus fronteras.

Ha existido sin duda una relación muy directa entre el tamaño de los ejércitos latinoamericanos y las revoluciones que se han hecho consuetudinarias en el régimen político de algunas de las repúblicas. Demasiado numerosos han sido los casos en que las tropas del estado han alcanzado un tamaño fuera de toda proporción con las necesidades de la defensa nacional. Después de todo, aparte las disputas de límites, pocos motivos graves de guerra quedan latentes en la situación internacional de la América Latina. Se pueden considerar estos países singularmente afortunados si se comparan con Europa, presa de rencores y de luchas de intereses.

Cuantiosas en demasía son las partidas asignadas en los presupuestos latinoamericanos al mantenimiento de ejércitos superfluos: bien hubieran podido consagrarse a la instrucción pública y al desarrollo de las fuentes nacionales de riqueza. Más efectiva podría hacerse la conservación del orden en el país por medio de cuerpos escogidos de gendarmería bien montada, tal como los Carabineros de Chile o la Guardia Rural de Cuba.

A pesar de que los partidarios del militarismo sostienen que los ejércitos son la custodia de las libertades públicas y de las leyes contra las usurpaciones de los dictadores, con desconcertante frecuencia estos mismos ejércitos se han convertido en instrumentos de gobierno arbitrario en manos de aquellos presidentes que han querido mandar sin atender a las restricciones constitucionales. Las armas son una inversión harto incierta y hay que felicitar a la pequeña República de Costa Rica por haber reconocido oficialmente esta verdad.

(*Traducción y envío de J. M. Arce.*)

Una amable invitación, que agradecemos

Países Americanos Unidos
(United American Countries)

New York, Nov. 5 de 1930.

Señor J. García Monge,
Director de *Repertorio Americano*,
San José, Costa Rica, C. A.
Mi distinguido maestro:

En nombre de nuestra Liga Internacional de Mujeres, y particularmente de la intelectualidad colombiana de ambos sexos, que en Bogotá organiza nuestro 4.º Congreso, que tendrá un carácter netamente bolivariano, invito a usted como Director de *Repertorio Americano*, como el incansable defensor de la justicia y como Vice-Presidente de ***Países Americanos Unidos*** para que nos honre usted asistiendo al Congreso, o para que nombre su representante ante el mismo.

....

Olaya Herrera y su gobierno, no pueden dar mayores facilidades a Delegadas y Delegados: vía libre de ida y vuelta, dentro de su república; correo y telégrafo libre durante la época del Congreso, Radio a la disposición de los y las que tomen parte en el Congreso, representación de las Cámaras, para que se tomen en cuenta las resoluciones que se adopten en dicho Congreso. En fin, todo. Qué más pueden hacer?

He dicho, cumpliendo con mi deber, a los representantes de la prensa colombiana, que están a caza de noticias, que usted, patrocina el Congreso y que indudablemente se hará representar, si no va a Colombia. De aquí el 26 de este sale Nemesio García Naranjo con su esposa; Luis de Oteyza, novelista español; mi colaborador y amigo, D. de Pereyra, conocido boliviano, novelista; yo, casi es seguro que también vaya a Colombia, a donde marcharán muchas personas más.

El fanatismo, el provincialismo, el egoísmo y todos los ismos, no han perdido el tiempo para echarnos abajo el Congreso. Esto sólo sirvió para darle mayor impulso. Se inaugura el 17 de Diciembre próximo, sin falta, como lo indican cables que me mandan de Colombia.

Siempre su admiradora y amiga,

Elena Arizmendi

Nota:—No pudiendo asistir, me he permitido indicarle a la noble doña Elena, como posibles representantes, tres nombres de hispano-americanas insignes: la que doña Elena escoja, la que de las tres quiera y pueda ir.—G. M.

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C.º) San José, Costa Rica